

Ciudad y pandemia

Escrituras de la catástrofe

Andrea Alejandro,
editora

Artes
EDICIONES
INVESTIGACIÓN



Ciudad y pandemia

Escrituras de la catástrofe

Andrea Alejandro,
editora

Artes
EDICIONES
INVESTIGACIÓN

ILIA Instituto
Latinoamericano
de Investigación
en Artes

F·ILIA

PARTIDA
PERSISTENCIA
DESBORDE

UNIVERSIDAD DE LAS ARTES

Rectora: María Paulina Soto Labbé

Vicerrector Académico: Alfredo Palacio Paret

ILIA Instituto
Latinoamericano
de Investigación
en Artes

Director: Pablo Cardoso

Coordinación de proyectos:
Carla Salas



Editor: Fernando Montenegro

Asistente editorial: Diana Lozano

CIUDAD Y PANDEMIA Escrituras de la catástrofe

Editora: Andrea Alejandro

D. R. © Universidad de las Artes

D. R. © de los autores

Octubre, 2020



Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-
No Comercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)

ISBN: 978-9942-977-31-1

Artes
EDICIONES

Director: José Miguel Cabrera Kozisek

Diseño y maquetación: José Ignacio Quintana

Corrección de textos: Marelis Loreto Amoretti

Mz14, Av. 9 de Octubre y Panamá

Guayaquil, Ecuador

editorial@uartes.edu.ec

Índice

Prólogo	5
PARTIDA	
Alejandro Mosquera Acercamiento a lo insostenible	9
Andrés Baquerizo La pandemia y el aihpos	19
Cuathémoc Lara Proyecto sin título	29
Yolanda Velázquez Paisajes	41
Alina Manrique Narrativas del estado de excepción	49
DESBORDE	
Liliam Nieves Confinamiento	57
Bryan Espinosa Mal Auuguriioo	61
Jenny Jaramillo Crisis de cuarentena	63
Camila Calderón MangleKill	67
Jorge Narváez Buen morir / tragedia en Guayaquil / COVID-19	71
Diego Ledesma Ecuador amargo	75

PERSISTENCIA

Marco Sáenz Desde la zona cero	91
Mary Pacheco Cartografía de los afectos en semáforos rojo y amarillo, o de cómo Google sabe todo sobre mí	99
Diana Gardeneira ¿Es normal?	107
Jordy de los Milagros Robles Parentesco marica	123
Mayro Romero Villasagua El cuerpo virulento: un análisis del síntoma de las manos quebradas	129
Pamela Jijón Reseña: Buscando a Bruno	133
Epílogo	145

Prólogo

La ciudad y la pandemia

Hacia finales de marzo y comienzos de abril, el equipo de la Revista F-ILIA decidió que su número dos estaría dedicado a la crisis producida por la pandemia COVID-19. Poco sabíamos entonces de la profundidad y el alcance de la catástrofe, aunque intuíamos ya que nuestras vidas, tanto las personales como las académicas y artísticas —de repente más imbricadas e íntimas que nunca— quedarían permanentemente condicionadas.

¿Cómo se podía hacer un trabajo para el que usualmente nos veíamos semanalmente en las oficinas del ILIA en MZ14? ¿Cómo pensar estos afectos trastornados desde la investigación en artes en tanto campo de acción? Nuestra respuesta, al principio intuitiva, fue ampliar los términos de la conversación, dejarnos asediar —y no al revés— por lo que nos podíamos encontrar tras nuestra convocatoria de marzo. Esa intuición de la que hablo era la siguiente: las artes producen un conocimiento inesperado y esta es la forma de enfrentarnos a lo aún desconocido y acaso incognoscible.

Con esto en mente, invitamos como editorx adjuntx de F-ILIA a Andrea Alejandro Freire, estudiante de la Universidad de las Artes, artista e intelectual, cuyo trabajo conocíamos sobre todo por su gestión en el universo del fanzine, que es una de las tantas maneras en que los habitantes de esta ciudad, confinada, vigilada y hacinada desde antes de la peste, tiene para pensarse a sí misma con espíritu crítico y creatividad irreverente. Su trabajo sería el de editar una sección de nuestra revista que denominamos “Texturas” y que se com-

pone de reseñas, entrevistas, ensayos visuales, entre muchas otras formas. La respuesta a la convocatoria de marzo fue, sin embargo, exuberante y por eso nos hemos visto en la necesidad de publicar un volumen independiente que contenga los resultados de nuestra convocatoria *Ciudad y pandemia: escrituras de la catástrofe*.

El presente volumen está dividido en tres secciones: “Partida”, “Desborde” y “Persistencia”. De esta entrega quisiera destacar, sobre todo, su heterogeneidad. Me interesa mucho, en este sentido, el trabajo colaborativo de Daniela Zurita y Diego Ledesma, “Ecuador amargo”, una relectura/escritura visual del canónico poemario de Jorge Enrique Adoum, como una sinécdoque de estos tiempos de necropolítica que corren. Ledesma y Zurita nos recuerdan que el trabajo con el archivo se convierte en una categoría ética de la producción artística que exige del realizador contemporáneo aproximaciones interdisciplinarias y consciencia crítica. Como este, varios trabajos transitan por esas exploraciones. Basta recomendar el de la notable artista visual guayaquileña Diana Gardeneira.

Este volumen nos plantea, sin duda, desafíos complejos. ¿Cómo podemos imaginar nuevas formulaciones para la investigación artística? ¿Cómo trazamos nuevos circuitos para ese pensar? ¿Cómo contamos la catástrofe en esos circuitos? Me parece que estas preguntas reaparecen de manera radical en el trabajo de edición de Andrea Alejandro que no estaría mal denominar como montaje. Un trabajo, sin duda, desafiante, sobre todo considerando las condiciones, por momentos desesperantes, en que se desarrolló.

Fernando Montenegro

Editor de F-ILIA

Guayaquil, 12 de octubre de 2020

Día de la resistencia indígena

Partida

Acercamiento a lo insostenible

Alejandro Ch. Mosquera
Serie de fotografías
Medidas variables
2020

El mundo es una calamidad: cayó el precio del petróleo y un meteorito en el Ecuador también. Todo parece resquebrajarse en estos tiempos, pero ¿desde dónde caen?

Mediante la apropiación e intervención de objetos, creé esta serie de altares en donde mi intención es honrar al error y lo que nos hace caer en este. La serie de fotografías fueron desarrolladas en el marco del taller virtual “Estrategias creadoras” de Creadores de Imágenes, del cual fui partícipe durante la cuarentena, mientras estaba en la casa de mi padre.

Trabajar con objetos que tenía a la mano me permitió generar un acercamiento a mi propia historia con respecto a la caída. ¿Desde dónde caigo?



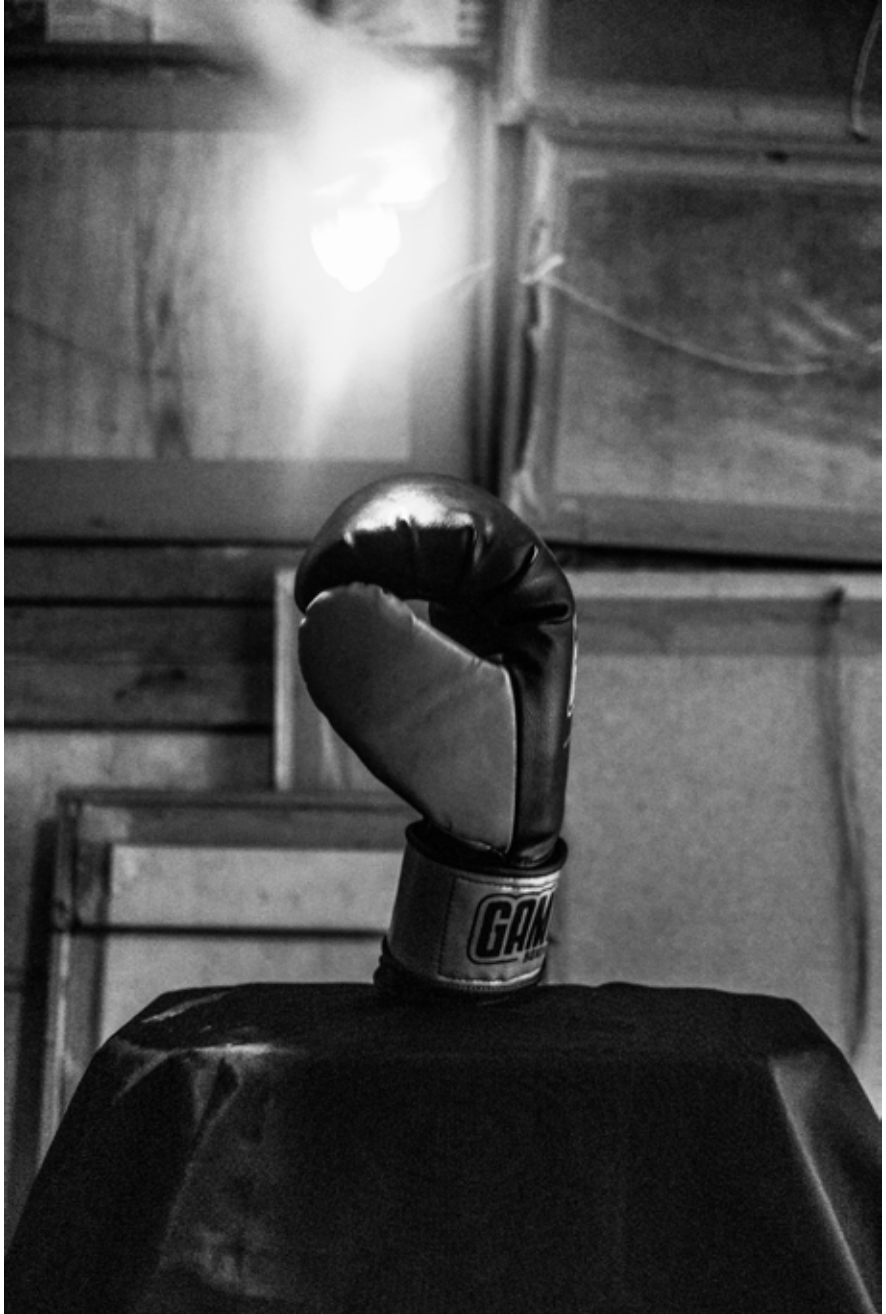




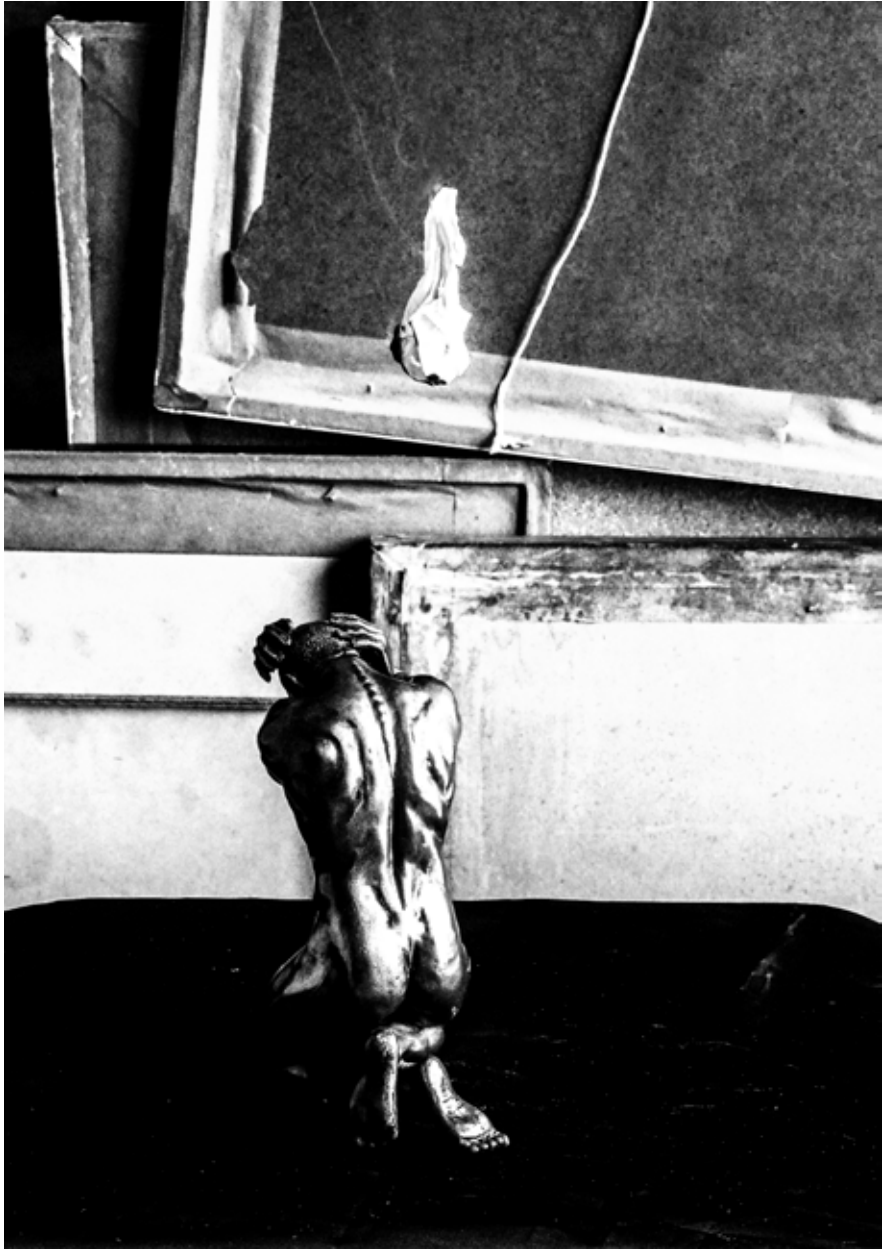












La pandemia y el *aihpos*

Andrés Eduardo Baquerizo Yela

Los muertos han dejado al descubierto nuestra muerte al tener esa forma de vivir. Vivimos en esas bolsas a la que llamamos vida y ya nadie nos reconoce, el estreno de lo irreconocible, desesperados en la nueva rutina mecánica que nos inserta en la pandemia. Naturalmente somos unos ineptos. Mientras el futuro se tiñe de ausencia humana, ¿dónde quedó lo humano?

Aglomerados por no saber sufrir, hoy la pandemia nos recuerda que el sufrimiento existe. Agonizamos encerrados por no saber cómo estar con el otro; el encuentro con uno mismo es una nueva experiencia que asusta, sabíamos que estábamos ahí, pero no tan cerca y ‘uno’ es la gran masificación que no deja respirar. Vivir se ha vuelto el nuevo desafío. ¿Cómo estar? Mientras, afuera todo está quieto, el inmutable sonido que nos arroja a la orfandad de un justa y equitativa miseria humana.

Habría que preguntarse si realmente vivíamos antes o todo es un ensayo del amor platónico que nos teníamos previo de la pandemia, cuando no soportábamos estar estacio-

nados con nosotros mismos. Ir hacia adentro ha sido una salida riesgosa que ha cuestionado no solo nuestra existencia, sino nuestro origen. El confinamiento es un ejercicio de aburrimiento, no sabíamos qué era estarse quieto, la contemplación se había convertido en un atentado a la humanidad; el hoy de cada día es una Babel en la que no nos importa quién cae primero, con tal de ser famosos, de llegar a la cima.

Contagiados por la barbarie de vivir deprisa, que es morir, hemos abandonado a la familia para perdernos en nuestro yo, al querer hacer lo que queríamos, pero el stop de la pandemia trajo un viento del este y nos estamos quedando sin oxígeno. El respirador artificial es nuestra falta de reflexión por la ausencia de un alto.

Hoy, que la vida se nos ha incendiado por la incertidumbre y el miedo, enjaulados como el mono Peter de Kafka que atenta copiar las acciones humanas porque ha olvidado su naturaleza, así nos vamos olvidando de la nuestra, dejados en ella. Ya Camus decía: «los pueblos que carecen de historia son felices». El mundo se ha quedado sin estacionamiento, nuestra historia es proyectada en la memoria que recoge los escombros que dejamos, al final de la página aparece casi humanos, y nosotros, insensatos, seguimos creyendo solo en lo que vemos, no hay forma más certera de saberse ciego que cuando no vemos lo sencillo. El olvido es la memoria de nuestra época, el resto es un circo, ni siquiera teatro, porque el teatro es otra cosa.

Mientras nuestra incapacidad cae en el abismo de nuestras palabras, y ya que cada uno tiene su propia historia, a nuestros ojos le salen escamas, así nos cogió el patógeno afinchado en nuestra superficialidad y así nos convertimos en él. Spengler decía: «La decadencia consiste en poner su confianza en el dinero», el patógeno nos obliga a ser limpios con las manos, pero con nuestros intereses aún hay mucha suciedad.

La pandemia extrajo lo más ridículo de nosotros, nuestras carencias, cada vez resulta menos posible ser humano, es un escándalo. Esta es la nueva decadencia, un *aihpōs* —*sophia* (sabiduría) invertida—. El casi humano ha perdido su sabiduría al diluirla en la racionalidad de la que hablaba Morin. Hoy solo se usa razón instrumental para salvar el pellejo, una forma de inmunizarse en el autoengaño al que he llamado *aihpōs*, una antisabiduría que nos rige y en la que la pandemia nos ha encontrado jugando con el otro que no sabemos reconocer. El juego se llama obcecado. Pero el hombre, ¿cuándo pierde su sabiduría? Cuando deja de lado el arte, no el mero arte, sino el arte del discernimiento; la prisa que ejerce el porvenir le hace vivir un mañana ilusionado sin vivir el hoy que le encarga actuar, es decir, su prósopon, ejerciendo su rol y papel, respondiendo a realidades inútiles.

Camus decía: «a un pueblo se lo conoce por dos cosas, por cómo trabaja y por sus muertos». No creo que estemos en peligro de extinción, ya que mala hierba nunca muere, la historia humana que es la historia del sufrir (sufrimiento = *suffere* = llevar una carga), es el gran libro, o el capítulo que a los humanos se les olvidó escribir. Parece que el humano a través de la pandemia se empecina en no existir, hoy vemos a hombres que domestican a hombres peor que en esclavitud, y se dicen felices, porque domesticar no es solo enseñar algo, sino que el domesticado desea eso con todas sus entrañas. Una gran perversión del alma, nos enseñamos a nosotros mismos a no ser, ni siquiera nos dejan ser idiotas. Freud expresaba: «hay dos formas de estar en la vida, siendo idiota y pareciendo idiota». Hoy solo somos la gran civilización domesticada, es así como deseamos lo no querido y tenemos un mundo insatisfecho que se conforma con la felicidad.

Mientras intentamos dominar lo no dominable y el porvenir se convierte en anticipo de nuestra angustia que nos

hace rebosar de indiferencia hacia el otro, y creernos merecedores de todo, incluso de la vida, así la vida la convertimos en la búsqueda de ese dominio. Hay un detalle en la Odisea de Homero, que incluso se adelantó a la ilustración y esta solo fue a parar al anclaje del abismo. Vemos que Odiseo vence al Polifemo diciéndole que no era nadie. ¿Dónde está el 'nadie' de este hombre moderno que se siente dueño del mundo, cuando apenas parece un don nadie, patógeno, que recuerda su condición? ¿Habremos vivido siempre en una constante pandemia?

La humanidad se acerca cada vez más a su herejía, ya lo decían los herederos de la dialéctica de la Ilustración. En este caso, Foucault: «No se es malo cuando se es irracional, se es malo cuando uno es racional». El mundo ha perdido su virginidad en la razón humana por su mala intención, esta ha sido el silencioso virus que nos ha disfrazado de una pseudhumanidad, queriendo dominarlo todo, pero cuando la muerte sondea las profundidades, el hombre teme a ese misterio, pues lo deja en ridículo.

El homo sapiens seguirá buscando en la razón su fuente y la sabiduría quedará recluida a un eufemismo que huele a rancio; el *aihpos* se afianza en la forma en que hemos sabido vivir, con mala intención que es carencia de conciencia. Teilhard de Chardin promulgaba que «El mundo puede ser un colector y conservador de conciencia», y lo cierto es que el dolor se acumula por conformarse con las migajas de su egoísmo. La equivalencia otrora se ha convertido en un sistema prosaico instalado en la percha de la Historia, un zoológico que describo a continuación:

El zoológico del pensamiento mundial

Caminamos con la realidad cagada que se nos chorrea por los pantalones y que dispara residuos de percepción. Una leche

de costumbres que se acumula en los riñones del fuero interno de la desgracia. Abandonamos nuestra amada chusma, la que se hacía con verde, mote, guatita, maduro, locro, y dejamos el extraño continente, el que tiene curvas pronunciadas, el que se destruye por encargo de profecías.

Salimos un doce de octubre de 2914 con nuestros pies planos, pisando la sequedad mojada que deja el fusilamiento del orden. Nuestra nueva identidad era de coyotes. Aprendimos a marcar el paso sobre el mismo terreno, no nos marchamos con las manos enjabonadas, listas para ser ensuciadas, rebuscamos en las ideologías para establecernos en medio de la nada, que es, con mucho, lo mejor.

Nos adentramos en la caverna de Platón y nos encontramos con el zoológico del mundo. Y observamos su obra:

Nuevo ser: Ser o no ser, esa es la cuestión para entender a un idiota como usted.

Ridículo: ¿Qué comemos hoy?

Nuevo ser: Conocí...

Ridículo: ¿Qué?

Nuevo ser: Miento.

Ridículo: Estás loco.

Nuevo ser: No, esa es la verdad.

Ridículo: ¿Qué es eso?

Nuevo ser: Pregúntale a Demócrito.

Ridículo: ¿Dónde está?

Nuevo ser: En el inodoro.

Ridículo: ¿Y qué hace ahí?

Nuevo ser: No lo sé

Se dirige el Ridículo al baño caminando de forma ridícula, moviendo pesadamente sus piernas y brazos. Encuentra a Demócrito de rodillas frente al inodoro.

Ridículo: ¿Qué haces?

Demócrito: Estoy enfermo.

Ridículo: ¿De qué?

Demócrito: De aburrimiento.

Ridículo: ¿Qué?

Demócrito: No... estoy buscando...

Ridículo: ¿Qué cosa?

Demócrito: La verdad.

Ridículo: ¿La encontraste?

Demócrito: No.

Ridículo: ¿Y cómo así?

Demócrito: No se deja ver, por más que busco.

Ridículo: ¿Tienes hambre?

Demócrito: Sí.

Ridículo: ¿Qué quieres comer?

Demócrito: Verdad.

Ridículo: Entonces péscala.

Demócrito: No se deja.

Ridículo: ¿La encontraste?

Demócrito: Eso creo.

Ridículo: ¿Cómo es?

Demócrito: Grande.

Ridículo: ¿Qué tan grande?

Demócrito: ¿Interesan las medidas?

Ridículo: Para ver si me calza.

Demócrito: Para ver si me calza.

Ridículo: ¿Se deja tocar?

Demócrito: Parece.

Ridículo: ¿Por lo menos se deja ver?

Demócrito: Sí, tiene buen lejos.

Se escucha que aúllan unos perros, que maúllan unos gatos.
Una puerta se abre de afuera, aparece el Nuevo Ser.

Nuevo ser: Ser o no ser, esa es la cuestión para entender a un idiota como usted; llegaron las visitas.

Ridículo: ¿Cuáles visitas?

Nuevo ser: El zoológico que contrataste.

Ridículo: Yo no contraté a nadie.

Demócrito: Yo lo contraté mientras metía la cabeza en el inodoro.

Ridículo: ¿Para qué?

Demócrito: Para mi gran descubrimiento.

Ridículo: ¿De qué?

Demócrito: De la verdad.

Ridículo: ¿Y pudiste cogerlo?

Demócrito: Apenas lo veo.

Ridículo: Las cosas eternas apenas se dejan ver.

Demócrito: No filosofes, por favor. Recuerda que eres un ridículo.

Los animales estaban a la expectativa del nuevo descubrimiento.

Ridículo (viendo el reloj): ¿Y qué pasó?

Los animales estaban arregostados.

Demócrito: Ahí viene, ahí viene.

Ridículo: ¿Quién?

Demócrito: La verdad.

Ridículo: ¿Cómo es?

Demócrito: Grande.

Ridículo: ¿Qué tan grande?

Demócrito: No te lo imaginas.

Ridículo: No tengo imaginación.

Demócrito: No, no puede ser.

Ridículo: ¿Qué? ¿Qué paso?

Demócrito: Nos dejó.

Ridículo: ¿Cómo que nos dejó?

Demócrito: Se fue.

Ridículo: ¿Se fue? ¿A dónde?

Demócrito haló la válvula; un sonido extraño dejó al zoológico en tensión.

Demócrito: Ahí viene.

Ridículo: ¿Quién?

Demócrito: La verdad.

Ridículo: Y, ¿por qué tenemos que correr?

Demócrito: Porque ensucia.

Del inodoro salían manchas de color café que se esparcían hacia los demás.

Ridículo: Cojan su parte de verdad.

Los demás corrían, de verdad, de la verdad.

El hecho de salir de sí mismo es estar dentro de uno mismo, un suspiro del yo, saberse a sí mismo y no querer ese yo porque degüella la carne de mi alma, una trituradora, la del tiempo, y es que la Historia quiere pan, reclama su porción —que es todo—. Soy el 'no' de esta pintura vanguardista, una escultura fría en el devenir que nos acaricia, un manoseo, un coger-para- probarlo-mejor.

Huele, huele el perfume que penetra la textura de las cosas, se instala y se aloja en forma de dolor. La insatisfacción es el semblante del sinsentido que se enmascara de dolor, como querer masticar algo cauchoso, que cansa, oprime y comprime. ¿Por qué el sinsentido? Es un disparo a uno mis-

mo, un suicidio convencional que no rompe las reglas, ¿qué más quieres? Y luego se te instala en la piel del inconsciente, donde uno menos se da cuenta, un designio dado para vivir sin existencia. ¡Salud por eso!, dice el manuscrito de las normas inventadas.

Hay que forjar la estupidez de la naturaleza, estúpida hasta que el sinsentido se impregne de nuestros vacíos y nos haga un hijo, el hijo de nuestra propia repugnancia. Ese hijo será nuestro propio aborto, su deformidad será nuestra identidad y su fealdad nos embriagará de desprecio; tan harto estará uno de sí mismo que la medida no bastará para llenar. Es que querer es perder, tener es parecer. Guarida de insatisfacción es el sinsentido; una ópera que estremece hasta lo superficial se marchará al compás de las apetencias, un bloque de ternura que someterá a la contradicción hasta que la Historia caduque y el lenguaje mute y nos deje sordos. Babel será su nombre, Edipo su designio. En los escombros se lamirá sus ideas enfermas, el estruendo del inconsciente nos dejará sin revolución. Se oyen los aplausos, el sinsentido tiene sentido, es su forma de no ser, invade cada partícula y se consagra al anatema para dejar en la orfandad al sinfronismo y fundar el adanismo.

Quizá no hayamos llegado aún al abismo, pero estamos cerca, volverá el olvido en forma de memoria para llegar a la Kénosis de la anécdota. Seguiremos siendo un sapiens sin homo.

Referencias

- Camus, Albert. *Una Muerte feliz*. Madrid: Alianza Editorial, 2014.
- Camus, Albert. *La Peste*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1967.
- Foucault, Michel. *Historia de la locura en la época clásica, I Historia de la locura*. México: Fondo de Cultura Económica, 2018.

Freud, Sigmund. *El malestar en la cultura*, trad. de A. Brotons Muñoz. Madrid: Akal, 2017.

Spengler, Oswald *La Decadencia de Occidente*. Madrid: Espasa-Calpe, 2011.

Teilhard de Chardin, Pierre. *El fenómeno humano*. Madrid: Taurus, 1967.

Proyecto sin título 43

Cuauhtémoc Lara Razo

Ciudad de México, México

4 de junio de 2020

Día 80 de cuarentena

Me dedico a las artes vivas, el teatro es esa ciudad en la que nací y luego me quise ir para siempre. Sentía una especie de orgullo (bastante egoico) en nombrarme como su desertor, y es que ¿cómo cerrar los ojos ante el colapso de los mecanismos de representación y todos los conflictos éticos/políticos que arrojan?

Hay preguntas que simplemente no puedo silenciar: ¿quiénes tienen el derecho de contar historias?, ¿qué historias se cuentan?, ¿cómo se cuentan?, ¿quién les dio el derecho de contarlas?

Pero el tema de este texto no es la crisis de la representación; otras personas más inteligentes que yo han escrito mucho sobre eso en los últimos años, vamos, ni siquiera se trata del teatro.

¿De qué se trata este texto? Ojalá lo supiera.

Este proyecto nació a la mitad de un entrenamiento de cuarentena.

Todos los días salgo de mi casa al estacionamiento del edificio y ahí, rodeado de autos y ante la mirada de las vecinas que se asoman a sus ventanas por momentos, salto la cuerda durante una hora.

Este ejercicio me encanta, su demanda física, su repetición rítmica, la música en mis audífonos y el sol que broncea mi espalda semidesnuda a la mitad de una ciudad de 22 millones de habitantes se han convertido en el paliativo perfecto para la ansiedad, y aunque he encontrado placer en algunos pequeños gestos o situaciones cotidianas del encierro, todos los días cuando despierto experimento unos pequeños segundos de desorientación previos a la sentencia definitiva de la cuarentena como una realidad que me supera y sigo sin comprender.



Anónimo. CDMX, México

El 15 de mayo salí a saltar la cuerda; soy —aunque no me guste— un animal de rutinas. De pronto algo alteró mi cotidiano: justo en el lugar donde entreno, sobre el piso, había un dibujo pequeño hecho con gis, obra de alguna vecina que durante ese día había ocupado nuestro estacionamiento como lienzo, y aunque me gustaría explicar detalladamente qué fue lo que se movió dentro de mí lo único que pude hacer ante aquello fue soltarme a llorar.

Durante la pandemia he mirado al planeta entero ponerse en crisis, todas lo hemos visto, aunque en un acto de honestidad debemos aceptar que no todas lo hemos vivido con la misma intensidad, con la misma implicación ni con las mismas consecuencias.

Recuerdo las palabras de mi amigx guayaquileñx sobre el azote de COVID-19 a su ciudad, sus muertas, sus enfermas, el olor de la putrefacción habitando su nariz, los ataúdes de cartón, el duelo en cuarentena sin funerales multitudinarios, y tantas otras imágenes que podrían parecer extractos de una novela distópica de muy mal gusto y otra vez siento las preguntas golpearme con intensidad mientras me siento inmóvil frente a mi escritorio.



Ricardo Vela. CDMX. @lxsqueno

¿Es pertinente seguir creando arte durante estos tiempos? ¿Qué narrativas son las adecuadas? ¿Cuál es el sentido? ¿Tiene sentido? Esto que siento ¿es un ímpetu creativo o solo un ataque de ansiedad que me orilla a seguir produciendo con la esperanza de evadir este detenimiento?

No es mi intención contar la historia de Guayaquil simplemente porque la desconozco, no quiero ocupar el centro de este momento histórico porque no me corresponde y sin embargo me conmueve, me confronta y la mayoría de las veces no salgo tan bien parado de estas preguntas.



Alejandro Ch. Mosquera. Guayaquil, Ecuador. @_seache_

Después de mirar el dibujo en el estacionamiento subí a mi casa, me senté frente a la computadora e hice una convocatoria a través de redes sociales para buscar colaboradoras para una pequeña pieza cuarentenal. Durante la semana siguiente respondieron a la convocatoria alrededor de 60 personas de diferentes ciudades latinoamericanas, amigas, conocidas, compañeras de escuela y otras residencias, des-

conocidas que se filtraron en mi lista de contactos, familiares y amantes.



Carlos Oropeza. CDMX. @carlotesoropeza

Les pregunté sobre ellas y sus familias, sobre sus sensaciones y afectos en torno a la pandemia y, una vez que la situación era inevitable, les explicaba la colaboración:

esta pieza se trata sobre los atardeceres

sobre mirar atardeceres

es bastante simple

pero nos sirve como pretexto para escribirnos

lo que quiero pedirte es que con tu celular grabes un video del atardecer

puede ser directamente desde tu ventana/balcón/patio/azotea o puedes grabar la luz sobre el piso/pared/mueble/etc.



Fátima Murguía. CDMX. @trombamarina

Durante los siguientes días recibí alrededor de 90 grabaciones de 43 personas y dos audios maravillosos de la artista feminista Tamia Maldonado, que musicalizará los videos recopilados. Estas son algunas de las cosas que sucedieron:

1. Me enteré de que Bogotá es una ciudad alta y que viven entre las nubes.
2. Me dijeron que, si viro la mirada desde el campo del Morro en el Viejo San Juan, Puerto Rico corro el riesgo de derretirme.
3. Me contaron que los atardeceres de Aguascalientes son muy hermosos, pero son mañosos porque a veces son muy lindos y otras veces son 'bleh'
4. Escuché los sonidos de Saulo y de Crista mientras miraban el sol ponerse en la Ciudad de México.
5. Sentí un deseo profundo por acostarme en una azotea específica de Baja California Sur.
6. Pude mirar por la ventana de un desconocido y escuchar su cuenco tibetano.

7. Rompí la cuarentena y caminé alrededor de mi estudio con mi mejor amiga recolectando videos del atardecer en Tlatelolco.
8. Me contaron que las casas blancas de las calles de Culiacán se vuelven naranjas alrededor de las 8 de la noche.
9. Me enamoré (otra vez) de las nubes y las montañas de Morelia.
10. Me contaron que los atardeceres en Xalapa son hermosos y si está nublado siempre se puede volar un papalote.
11. Miré el atardecer de Tijuana y casi pude sentir el sabor de sus vinos, el olor de su cerveza artesanal y escuchar las risas de mis amigas.
12. Prendieron una veladora por mi abuela muerta y la incluyeron en el novenario de la abuela muerta de mi amiga de la secundaria.
13. Me mostraron que cuando se pone el sol, pareciera que los tejados de Buenos Aires están en llamas.
14. Encontré que el atardecer también puede ser una varita de incienso a punto de terminarse, si no se quiere o se puede mirar por la ventana.

La lista podría seguir y probablemente no la terminaría.



Aarón Zamora. Buenos Aires, Argentina

Este proyecto es un intento de habitar el enigma, se llama “sin título” porque no tiene nombre, porque no quiero ponérselo, porque no puedo ponérselo aún, y 43 porque sí, porque el número es así: 43 nombres, 43 rostros, 43 videos, 43 atardeceres miró el Principito.

¿Qué elementos componen un territorio? ¿Cuál es mi territorio? ¿Cómo se mira al atardecer en este territorio? ¿Cómo se mira el atardecer en la ciudad donde nació?

Repito: ¿cuál es la función del arte?, ¿cuál es el sentido de esto, de esta pieza, de este texto, de esta pregunta?, ¿es pertinente?, ¿cuáles serán las narrativas con las que vamos a contar el horror de nuestros tiempos?



Lilliam Nieves. San Juan, Puerto Rico. @lilliamnieves_artist

Mantenerse juntas en la oscuridad, como una tribu que enciende el fuego debajo de las estrellas para relatar los mitos que nos construyeron.¹

Dibujar un atardecer sobre el piso de una cancha de fútbol abandonada.

Estoy cansado de ser un desertor, me gusta mi casa, me gusta su estacionamiento, me gusta la forma en la que se ven las nubes desde mi ventana; me gusta el teatro, no me gustan sus políticas (en lo absoluto), pero cuando se enciende el fuego me gusta calentar mi corazoncito con las historias de mi tribu, sin remedio.

1 Jorge Cogollo para *Borradura Teatro*.



Daniel Guana. Bogotá, Colombia. @elrojosalazar

Tengo más preguntas que respuestas, pareciera ser que, entre más pasa este tiempo desordenado, menos lo conozco, menos me conozco.

- ¿Qué significa reconstruir y por dónde se empieza?
- ¿Qué herramientas del teatro podemos usar para hacerlo?
- ¿Qué se necesita para atardecer?
- ¿Qué significa hacer arder?

Si leíste este texto hasta acá, encuentra un lugar desde donde mirar el atardecer, respira profundo y recuerda el aullido de tu tribu.

Vamos a volver a estar juntas.



Cuauhtémoc Lara Razo. Estudio Desborde. CDMX, México. @_ccaos

Colaboradoras: Aarón Zamora, Abraham Lindoro, Alejandro Ch. Mosquera, Alejo Contreras, Andrea Montoya, Andrés Kej Limón, Andrés Márquez, Bruno Sánchez, Carlos Oropeza, César González, Christopher Straffon, Daniel Guana, Daniela Plaza, Diana Ly, Diego Alba, Emilio Bastré, Erudi Minero, Estudio Desborde, Farah León Gaytán, Farid, Toledo Ríos, Fátima Murguía, Fernanda Albarrán, Frida Echeverría, Gonzalo Herrerías, Gonzalo Quiroz, Isadora Parra, Joana Núñez, Lillian Nieves, Lucía Corbello, María Padilla, María Prian, María Sánchez, Saulo, Crista, Mariana Moyers, Mariana Rossier, Paola Castillo, Patricio Castillo, Paulina Orduño, Puzombie, Ricardo Vela, Roberto Pichardo, Saúl López, Tamia Alfaro, Yunnuen Contreras.

Paisajes

Título: De la serie “Paisajes”

Materiales: grama sintética, flores de papel higiénico, fósforos, ilustraciones de cajas de fósforos, tela de crinolina, ilustraciones de lenguaje de señas,

ilustraciones: de ovejas y del escudo de Puerto Rico

Dimensiones: variables

Año de realización: 2020

Artista: Yolanda Velázquez-Vélez

País: Puerto Rico

Sobre estos trabajos:

Utilicé materiales que tenía a la mano en mi hogar para crear esta serie titulada “Paisajes”. Cada día, cuando comenzó el toque de queda impuesto por el gobierno debido a la COVID 19, fue acrecentándose más mi deseo por la cercanía al paisaje exterior y natural. Cada día escuchaba las atrocidades de nuestro gobierno que nos entretiene con mentiras.

Las mascarillas están hechas de grama artificial y todas tienen en común flores confeccionadas con papel sanitario. Crear estos paisajes imaginarios desde el encierro fue un

ejercicio de catarsis doméstica. Nuestro desastre es la condición de colonizados que con la crisis se desenmascaran todas las faltas y carencias que destruyen lo establecido y dan fe, por ejemplo, de que el refugio de muchas mujeres también se convirtió en su trampa por la obligada cuarentena.

Una de las máscaras narra el suceso de cómo uno de los primeros intérpretes de señas de la gobernadora de Puerto Rico fue enviada por el gobierno colonial de los Estados Unidos de América y no traducía correctamente las conferencias televisadas porque no conocía el lenguaje de señas en español, llevando mensajes erróneos a un público vulnerable que necesita asistencia en estos momentos de emergencia mundial. Otra tiene pequeños corderos corriendo libremente y alude al escudo de Puerto Rico que es uno de los más antiguos de América desde la colonia española, el cual presenta en su centro la imagen de un cordero manso sentado sobre un libro (la biblia). Otra tiene imágenes del escudo brotando como un virus sobre el paisaje, dos de las imágenes cubren los ojos al portarla. La máscara que enmudece y restringe a la mujer, y el paisaje en extinción de un sistema político que en estos momentos se encuentra haciendo cambios a nuestro código civil sin mediar vistas públicas, con apertura para vender la naturaleza y sus elementos vitales incluyendo la eliminación derechos adquiridos y otros que no permiten a las mujeres decidir libremente sobre sus vidas. Desde la domesticidad de mi hogar, he cosido, creado, recreado, construido, y repensado el paisaje desde mi cuerpo.











Narrativas del estado de excepción

Alina Manrique

Miedo

Aquí hubo quienes perdieron la noción del tiempo. Leí tantos **A**posteos y escuché tantas veces que mis amigos olvidaron en partes iguales la prisa del viernes y la lentitud con la que el lunes se despliega frente a la ducha. Se habían apagado los despertadores que nos mandaban a producir para pagar las deudas. Nos zambullimos en semanas interminables en las que siempre era jueves. Comíamos cuando teníamos hambre. Nos acostamos a dormir temprano, llenos de preguntas... ¿Qué pasará mañana? ¿Cuándo acabará esto? ¿Cuándo podremos volver?

Fui a la oficina por última vez el 16 de marzo. Pensé que, por esa tarde, la hora del almuerzo podría extenderse e invité a una amiga a matar la tarde en una cafetería de la Francisco de Orellana. Un contacto en el Ministerio de Salud me alertó que esa noche anunciarían el estado de excepción, la suspen-

sión de viajes interprovinciales, por tierra y por aire. Cuando nos encontramos, me decidí a preguntarle, medio en serio y medio en broma, cuáles eran sus planes para el apocalipsis. «Cuida el efectivo», me dijo. «Si este Gobierno, que tanto roba y que depende de que personas como tú y yo trabajemos y aportemos al IESS, nos manda a guardarnos en lugar de trabajar, es porque la cosa está muy seria. Y si tienes que pasarle plata a alguien para que atiendan en un hospital a uno de los tuyos, vas a lamentar haber pagado la tarjeta. El efectivo puede hacer la diferencia. Las tarjetas pueden esperar».

A las 6 se acercó el mesero y nos dijo que debían cerrar el local. Sin más aviso que ese, puso la cuenta junto a mi taza. Pagamos, y ella me acompañó a tomar un taxi. La abracé con los ojos cerrados, para memorizar la presión en el torso y la energía intensa del que podría ser el último contacto. Me dio un beso en la mejilla y ambas dijimos un «cuídate mucho». ¿Podríamos volver a tocarnos?

Apenas en febrero, mientras almorzaba unos canelones a contrarreloj en La Selecta de Urdesa, recuerdo haber visto a una mujer mayor en la mesa contigua. Me llamó la atención que no miraba compulsivamente su celular. Cuando llegaron otras dos mujeres que aparentaban la misma edad, me dije: «cómo deseo comer sin prisa... cómo deseo vivir sin prisa». Recordé eso cuando, al llegar a casa, a las 7, escuché el anuncio presidencial de cinco minutos: «Estamos enfrentando una guerra», «se cierran los servicios públicos», «a partir de mañana, toque de queda». Pensé que sería un alivio no tener que ir a marcar en el reloj biométrico. Podría almorzar con mis hijos. Quizás podría hacer más ejercicios.

Esa ilusión de tiempo libre, en casa y sin tráfico, fue una burbuja que nos reventó en la cara en los siguientes 15 días. En realidad, no teníamos más tiempo: nos quedamos vacíos de las viejas rutinas y empezamos a alimentarnos de miedo.

Durante toda la semana no me perdí los reportes televisados de las 10 de la mañana y las 5 de la tarde. El 17 de marzo había 111 casos. El 18 de marzo, 155. El 20 de marzo, 367 casos. El martes 24 hice fila en la acera de un supermercado por dos horas y media. No estaba permitido sentarse en el suelo, las miradas asomadas al balcón de la mascarilla eran esquivas. Cuando llegó la hora del reporte, me encontré usando muy torpemente el celular con guantes, buscando ese número que me daba algo de certidumbre, como quien escarba la arena en busca de un arete perdido. Quizás tener esa información, poder ejercitar el cálculo haciendo proyecciones, nos hacía sentir que todo estaba bajo control. Sentí miedo de no saber qué estaba pasando en su dimensión más completa.

El 27 de marzo el número reportado fue de 1595 contagiados y 36 fallecidos. Era viernes, y no podía salir. Recibí un mensaje por WhatsApp: murió Víctor Hugo Peña.

Esta vez, las noticias no me traían un número y sentí que no tenía el control de nada. Esta era una persona a la que conocía, con la que trabajé varios años, almorcé y reí. Recordaba sus gestos, su voz y aún tenía mensajes suyos en el WhatsApp. Sabía cuánto amaba a su esposa y a sus hijos. No era un adulto mayor de esos que nos dijeron que cuidemos. No tenía cáncer. Solo era cinco años mayor que yo y también tenía dos hijos.

Al día siguiente, el boletín reportó que había 1823 casos confirmados y 48 fallecidos. Pensé en que Víctor fue un número en alguna lista tétrica de un burócrata. Pensé en que no habría un funeral. Pensé, sobre todo, en qué pasará cuando me toque a mí. ¿También seré un número?

En el documental *Obit*, sobre los periodistas de la página de obituarios del New York Times, se revela que quienes hacen obituarios no hablan de muerte, sino de vida. Celebran la vida.

Ese domingo llamé a Diego Cazar y le pregunté qué opinaba de hacer micro obituarios en La Barra Espaciadora. Pero

no solo microobituarios de celebridades, sino de todas las personas que se estaban yendo de este mundo sin el homenaje colectivo que merecían. Con las personas medianamente conocidas sería un poco más sencillo, podríamos adivinar su ser a través de entrevistas concedidas, reseñas o huellas digitales. Para los de quienes no eran famosos, tendríamos que abordar a familiares y amigos.

También somos lo que los demás ven de nosotros

Salimos el 1 de abril con siete microobituarios y llegamos a publicar más de 100 en un espacio llamado *Memorias Vivas*. Allí, gracias a quienes los amaron y los lloraron a la distancia, pudimos contar la historia de un arquitecto que grabó un disco de boleros, de un médico con gran sentido del humor y del servicio, de una odontóloga que encontró el verdadero amor, de un panadero que llegó a ser el alma de una ciudad. Pudimos asomarnos a todas esas vidas extraordinarias.

No preguntamos cómo murieron. Preguntamos cómo vivieron y cuál era la forma más adecuada de recordarlos. Así desafiamos la narrativa de miedo que nos inundaba. Así, un centenar de memorias pudo vencer la indignidad de ser un número en un balance oficial al que cada vez le damos menos importancia.

Pero el miedo sigue allí. Miedo a que te despidan del trabajo. Miedo a tener que despedir a alguien del trabajo. Miedo a no poder pagar el mínimo de la tarjeta de crédito, la pensión de tus hijos, tu seguro médico, el arriendo de tu casa o la letra del carro. Miedo a no volver a ser parte de ese engranaje que empieza a andar y que, si estás fuera de él, puede engullir tu espíritu.

Hubo quienes sintieron miedo de quedarse en casa. Pasaron tanto tiempo en la rutina del lunes a viernes, del

tráfico y los beneficios de ley, que temen mirar hacia adentro y descubrir que no tienen nada de qué hablar cuando almuerzan con sus hijos. Prefieren la seguridad de la dinámica productiva.

Hay quienes sienten miedo de salir. Pasaron cinco meses protegidos por la mascarilla, el visor, los guantes, el alcohol y la alfombra, que temen perder la certeza que les dan estas barreras tangibles. Volvamos a hacer lo mismo, pero con mascarilla. No vaya a ser que nos dé el sol y nos entre el aire hasta la raíz del cerebro.

Sigo preguntándome qué pasará cuando me toque a mí. Cómo me retratarán ante la posteridad quienes me conocieron, quienes me amaron y me odiaron. Quién podría ser esa persona que mejor me sabe y me siente, como para escribir mi obituario en medio de una guerra de abrazos rotos. Quién podría armar las piezas de mi historia para desafiar mi miedo más grande: el olvido.

Desborde

Confinamiento

Liliam Nieves

Pensar y cuestionarse sobre los ‘virus’, en especial el COVID-19, que aumentó la problemática de nuestras luchas, ha invadido nuestro entorno y nos ha limitado la ‘libertad de la normalidad’. En medio año hemos percibido y sufrido imborrables cambios en nuestro *status quo* que han redefinido la sensibilidad de nuestro ser. Con mi práctica creativa procuro explorar esos trastornos/huellas como sujeto de laboratorio, haciendo y reenmarcando rituales que se han dado física y psicológicamente en nuestro encierro.

En esta propuesta trato de establecer el diálogo ante la discursividad de lo que impone el contagio y la cara que muestran los medios —otra cara opresiva—, además de la carga física y emocional. Esta exploración añade a mi creación práctica el análisis de la dinámica del cuerpo/mente en diferentes contextos socioculturales. Este trabajo de videoperformance es una forma de descubrir, superar y quizás sobornar nuestros miedos que muchas veces son provocados por el entorno social. Por tal, uno de los rituales y/o miedos a superar y aceptar es la percepción de nuestrxs cuerpxs, mente y el objeto de seguridad (la mascarilla).

Confinamiento es un videoperformance desde el semiclaustro obligatorio, reinterpretando el uso de la mascarilla como medio de protección y llevando el discurso a la representación de la psicosis mundial que empezó el 1 de diciembre de 2019 y ha continuado todo este año en curso.





Mal Auuguriio0

Bryan Espinosa

Que no barras por las noches, que no barras si estás de luto, ni vistas de rojo. Que es mala señal y atraes malas vibras. Así siempre dice mi abuela, mi mami, que esté atentx del aullido de los perros, de donde se posan los cuervos, aunque sean urracas negras, del llanto de los gatos, del miauumiauuu alargado y ensordecedor en los techos, que parece llanto de niño, de criatura recién nacida que nos devela que alguien se irá de nuestro lado, que han venido a buscar a algún cercano.

Que lxs muertos nunca se van solxs, que siempre irán llevando a más, pues para muestra un botón, la muerte siempre ha sido muy cercana a mi casa, a mi familia, desde pequeñx he recordado vivir alrededor de un luto, de uno muy largo, y cuando terminaba como que jugaba otra ronda con nosotros y nos ponía a la espera y en tensión a ver qué sucedía, si solo estaba de paso o se volvería a llevar a cuatro personas de un jalón.

Sorpresa, sí lo hizo. La pandemia no iba a ser la excepción, pues esta vez vino prolongada y potenciada, se llevó a algunos cercanos, y nos tocó a todos, nos dejó en ascuas y nos recordó que somos mortales, que podemos morir. Me dejó pensando en las grandes posibilidades de que sea mi turno. *E meu corpo doente, vivió ya lo que tenía que vivir.*

Me dejó la pregunta si yo les sigo a mis tíos abuelos, si me rendirán luto pronto, y si mi familia rezará una novena por mi alma nada católica, que ya conocían, pero tampoco escuchaban. Si me harán un altar y una telemisa, si me pondrán flores y me recordarán cómo soy, o si cambiarán sus disgustos para convertirme en mejor persona, una más moral.

Pienso en lo difícil que son los días, *em o dor do corpo*, en el organismo interno que me recuerda al yo externo, a que estoy vivx, pero también en mi límite. En qué objeto quedará mi espíritu, *ou se meu corpo* le seguirá conservando por más tiempo, pero se irá desintegrando y doliendo, o si se recupera.

Los malos augurios me visitan por las noches y mi colon hace un recuento por mi adolescencia nada consciente y asegura que tomé, pues me pensé como un simple ser sexuado —gracias, tv y contexto, por construirme ese ideal de mi mismx—. Ahora no estoy segurx de nada, solo sigo en espera mientras intento responder una pregunta del taller sobre lo bello según Kant y mi cabeza está en loop, pensando y gritando *meu corpo doente*, mi cuerpo adolorido, mi cuerpo enfermo, MEU CORPO DOENTE, MI CUERPO ADOLORIDO, MI CUERPO ENFERMO, MEU CORPO DOENTE, MI CUERPO ADOLORIDO, MI CUERPO ENFERMO.



Causantes. Bryan Espinosa / Bryers. Collage, dibujo. 2020

Crisis de cuarentena

Jenny Jaramillo

Estuve sentada cerca de la puerta durante 8 horas con la mirada perdida y el corazón partido, cada quince minutos miraba al velador, no quería desprender mis ojos de ella, ¡de la vela!, de aquella luz que traía a mi mente esta frase tan abrumadora que no quiero recordar. Me provoca salir corriendo, pero estoy encerrada, no puedo salir, tampoco puedo sacarla de las lenguas de esa estúpida caja chica que habla sola durante todo el día... aunque no tenga energía, ella está ahí. Los otros entran aquí, desobedeciendo el mandato para acecharme, yo los escucho merodear todas las noches. Ya son 39 días. Necesitaba verla para no desvanecerme tan pronto. ¡La odio! Pero esa luz me sostiene, aunque afecte mis pensamientos y mi paz. Mi cuerpo va perdiendo la batalla. Agotada, mis piernas bailan al ritmo de salsa choque sin pista alguna, mi garganta roza un cuchillo sin filo, el ardor penetra en mi mandíbula, mi frente empapada de sudor mientras que en mis ojos llueve agasal. Y ella sigue allí encendida, mirándome. Al menos no quiere deshacerse de mí como los otros.

Recuerdo mi antiguo mundo: era como ella, era ella y era con ella, segura, lenta y ardiente, hablaba sola todo el tiempo, pero siempre solitaria, sin ningún lugar feliz y seguro donde habitar. Siempre estaba allí, esperán-

dolos a todos con flores rojas o blancas; a veces los esperaba con deliciosos y grandes banquetes, siempre yo en la puerta del recibimiento, pero nunca fui recibida por nadie y nunca nadie me dio las gracias por aquello. Eso fue porque simplemente era ella o era igual a ella. Podría no querer pensar en eso, me lastima, pero esa soy yo —idéntica a ella—, su luz me prohíbe pensar diferente, agota mi cuerpo, es como si lo encendiera cada vez que la veo. Mi cuerpo responde a sus gotas de llamas, a su socorro, a su dolor. ¿Quién soy para negarme a tal dicha?

¡Escucho pasos en el segundo piso de la casa! El fuego ya subió, está ahí; ahí, donde mis hermanos y yo jugábamos las noches a las escondidas en medio de la oscuridad; ahí, donde mi madre me golpeaba contra la pared, gritándonos a mis hermanos y a mí que éramos su mayor fracaso; ahí, donde a mi padre le gustaba jugar al papa y la mamá conmigo todas las noches después que mi madre saliera a estudiar a medianoche. La caja chica dice que no podemos salir a esa hora, ¡pero mi madre salía todas las noches! Aunque no era desobediencia porque tenía que estudiar.

¿Será que a ella también le gustaba ese lugar, al igual que mis hermanos, mi papa y mi madre?, ¿o es que no tiene otro lugar donde ir, igual que yo? ¡Es muy oscuro! Ella ya estaba preanunciada en aquel mundo en el que estamos viviendo, lleno de oscuridad, de bestias salvajes que nos devoran poco a poco, que saturan nuestros cerebros y absorben nuestros jugosos cuerpos, descontextualizándonos, atorándose de nuestra materialidad. ¡Pero yo sigo aquí! En otro extremo de casa, ¡pero sigo aquí! Mi mamá se fue hace años, mi padre también, pero yo sigo aquí. No entiendo por qué, ya casi no tengo memoria. Siento que caminan todas las noches alrededor de la casa, especialmente en el segundo piso. Mi subconsciente me dice que son los espíritus de mis hermanos, pero ellos ya murieron. ¿O no? No lo sé, no me acuerdo. Ella es como mi madre, siempre despierta. Basta con levantarla una sola vez, y ella espera a que yo misma vuelva acostarla.

Es bueno navegar por el recuerdo, aunque queden tirados muchos en el camino. Lo presente en la memoria es lo más importante, pero no implica aliviarse de las penas. No sé cuánto tiempo llevo aquí, ¿son 39 días? Ya perdí la cuenta, no me acuerdo. Seguramente mis ojos se cerrarán algún

día junto a su luz y ambas por fin estaremos juntas, quemadas en la misma hoguera. Antes que vengan los lagartos de la asamblea, nos encuentren dormidas y nos arrojen al foso del verdadero olvido.

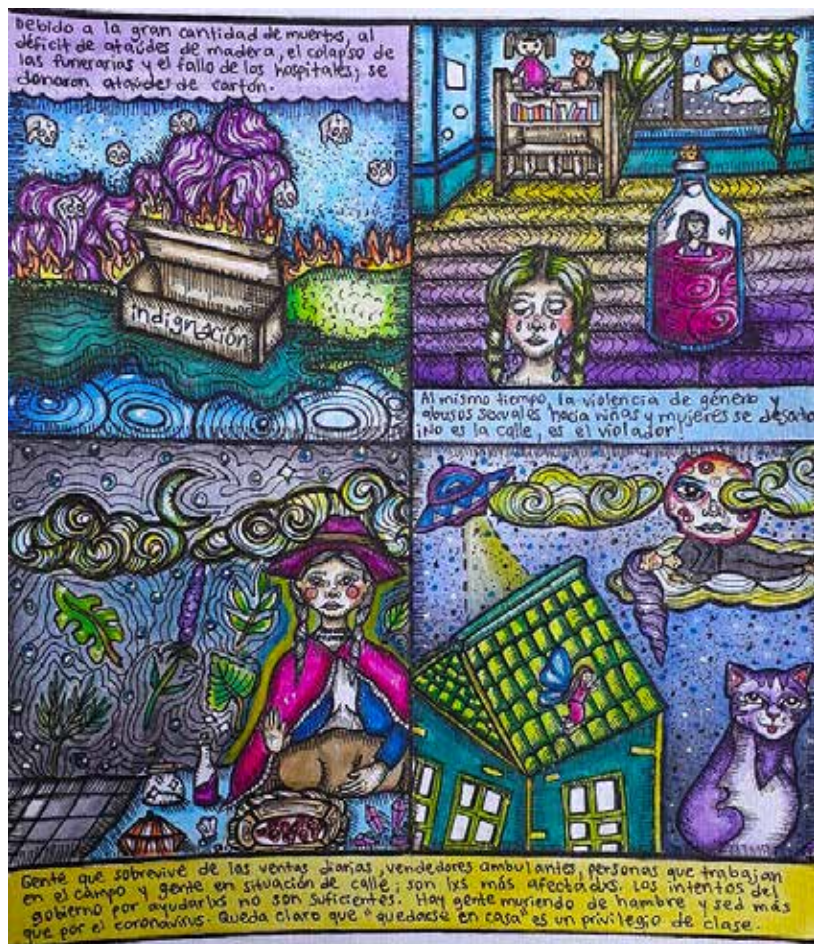
Que el olor putrefacto de las víctimas nos mate de dolor. Y las espinas del pensamiento nos coman junto al fuego. Nuestros cuerpos renacerán en un lugar donde ella no será blanca, negra ni azul. No sé de qué color, tampoco lo recuerdo, pero tengo el presentimiento de que serán todas iguales y sin lagartos.

MangleKill

Camila Calderón









Buen morir / tragedia en Guayaquil / COVID-19

Jorge Narváez

En la tragedia de *Antígona*¹ observamos un conflicto entre la protagonista y su hermana Ismene. El mismo parte de sus discrepancias por la acción a tomar, ya que el nuevo rey de Tebas —lugar donde se desarrolla la tragedia— ha decidido que no se entierren los cuerpos de sus hermanos, pues fueron vencidos; y esto lo hace por medio de una ley. Ismene decide acatar la ley del nuevo rey, pues ella teme por su vida, pero su hermana Antígona ha decidido darle sepultura a los ‘cuerpos’ de sus hermanos. Motivo por el cual... muere.

Mi intención no es hacer otra quisquillosa revisión de *Antígona*, sino tomar su mito para mostrar que lo que ocurre en Guayaquil es, sin duda alguna, una ‘tragedia’. Una muy común en estos tiempos, pues puede suscitarse a menudo. Esto es una apuesta en contra de los ‘medios’ de comunicación tradicionales y los no tradicionales que insisten en llamarla de una sola forma: drama.

1 Sófocles, *Antígona* (Chile: Pehuén, 2001): 2.

¿Qué es una tragedia para mí?, ¿qué puedo hacer por mí? Busco una forma de encontrar un significado de la palabra tragedia que nos sea vital (útil, si se quiere), necesaria, llena de sentido en este espacio que parece ya no tener un sentido profundo.

La tragedia para el teatro griego tenía su razón de ser y peculiaridades, pero mi intención es solo enfatizar que la tragedia involucra una cosa: muerte. Este fenómeno lleno de misterio —la muerte— nos toca de maneras impactantes y diferentes a cada uno, y es ese el motivo de este escrito.

Al igual que en la tragedia, los cadáveres en las calles de Guayaquil estuvieron a la orden del día, servidos por la prensa sensacionalista, que mata a las personas otra vez con noticias morbosas, cuya única pretensión es naturalizar la muerte, incluso aquella prensa que publica testimonios. Su intención es obtener provecho a costa de los demás, mas no la solidaridad que pregonan y que se da de bruces con el egoísmo en una ciudad arropada por la tragedia.

Los cadáveres en las calles de Guayaquil, sumidos en tragedia, esta vez no tenían semblante, pues el virus les ocultaba el rostro. El virus y su contagio. El virus es la muerte cercana, que nos enloquece, pues es el fin de todo aquello por lo que hemos trabajado y gozado de la vida. Es una muerte inoportuna. La muerte, al igual que un virus, no es visible a los ojos, y puede que eso sea lo terrible de ella, porque no la vemos; es como golpear al aire con las manos. Su invisibilidad hace que la respiración se acorte, y, con esta arritmia, viene el cuerpo convulsionado: el miedo. Uno que no nos deja actuar, pues, a muchas personas no nos han enseñado a asumir el miedo, y en muchos casos este miedo toma vías terribles, como se ha visto en otros países con el ataque a las personas que cuidan de nuestra salud (médicos y enfermerxs).

Esta muerte se desplaza por los diferentes cuerpos en Guayaquil. No solo es inoportuna sino insospechada, pues está ahí en la acera del frente envolviendo un cuerpo, quizás conocido, o devastadoramente amado. Devela una sensación de irrealidad, de incredulidad —«¡no todo puede haber colapsado!». La incredulidad y el miedo se retroalimentan, quitándonos más capacidad de acción de la poca que ya teníamos frente a todo esto desconocido.

Al no tener cuerpo y espíritu en total disposición, somos presa fácil para los carroñeros del sistema económico actual, que se llevan volando nuestra dignidad —incluso la de nuestros muertos— con ellos. Los que quedamos, lo hacemos en silencio; muertos en vida frente al capital que sigue sangrándonos en medio de la tragedia.

¿Cómo se siente la pérdida?, ¿cómo, la herida?, ¿cómo es el paisaje/ territorio de nuestra tragedia?, ¿cómo escribir y enunciar el horror? Tal vez podamos recuperar algo de dignidad atravesando nuestro cuerpo con arte. Me viene a mi memoria corporal un velorio, en la caliente Comala de Juan Rulfo, en donde se (des)dibuja la muerte de manera profunda y sentida, y nos enumera (sin enumerar) todo lo que ya no está, lo que hemos perdido: el buen morir. Así él nos muestra:

¿Te acuerdas, Justina? Acomodaste las sillas a lo largo del corredor para que la gente que viniera a verla esperara su turno. Estuvieron vacías. Y mi madre sola, en medio de los cirios; su cara pálida y sus dientes blancos asomándose apenas entre sus labios morados, endurecidos por la amoratada muerte. Sus pestañas ya quietas; quieto ya su corazón. Tú y yo allí, rezando rezos interminables, sin que ella oyera nada, sin que tú y yo oyéramos nada, todo perdido en la sonoridad del viento debajo de la noche. Planchaste su vestido negro, almidonado el cuello y el puño de sus mangas para que sus manos se vieran nuevas, cruzadas sobre su pecho muerto; su viejo pecho amoroso sobre el que dormí en un tiempo y que me dio de comer y que palpité para arrullar mis sueños.²

Siento que la literatura me devuelve las palabras y sus sonidos, los paisajes, mi memoria y junto con ella, mis lágrimas. Me devuelve a los muertos, me devuelve la dignidad. Puesto que, con estos sinceros sentires, Juan Rulfo nos recuerda por qué nos duele tanto, pues todo lo que dibuja, se desdibuja en nuestra realidad. El virus no solo nos quitó el ritual de la muerte, sino que nuestros gobernantes —al igual que en *Antígona*— nos quitaron nuestros muertos junto con su/nuestra dignidad.

2 Juan Rulfo, *Pedro Páramo* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1955): 74.

Juan Rulfo remata el paisaje diciéndonos: «La muerte no se reparte como si fuera un bien. Nadie anda en buscas de tristezas»,³ pero este remate es la pista que podemos observar dentro de esta relato, para saber qué es lo que no tenemos que perder, qué es lo que no hay que dejar de hacer.

En ambos relatos, tanto *Antígona* como en *Pedro Páramo*, nos dan, no solo las palabras y sus sonidos ante este valle de lágrimas, no solo nos devuelve la memoria, sino que con ellas podemos (con)jurar nuestros cuerpos, nuestra dignidad, recuperar algo de tranquilidad, salir de estas sombras que nos envuelven, y tomar una posición frente a ello —sea como Antígona o como Ismene— para así tener un buen morir en medio del miedo y del horror en esta, nuestra tragedia.

Referencias

Rulfo, Juan. *Pedro Páramo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1955.
Sófocles. *Antígona*. Chile: Pehuén, 2001.

3 Ibíd.

Ecuador amargo

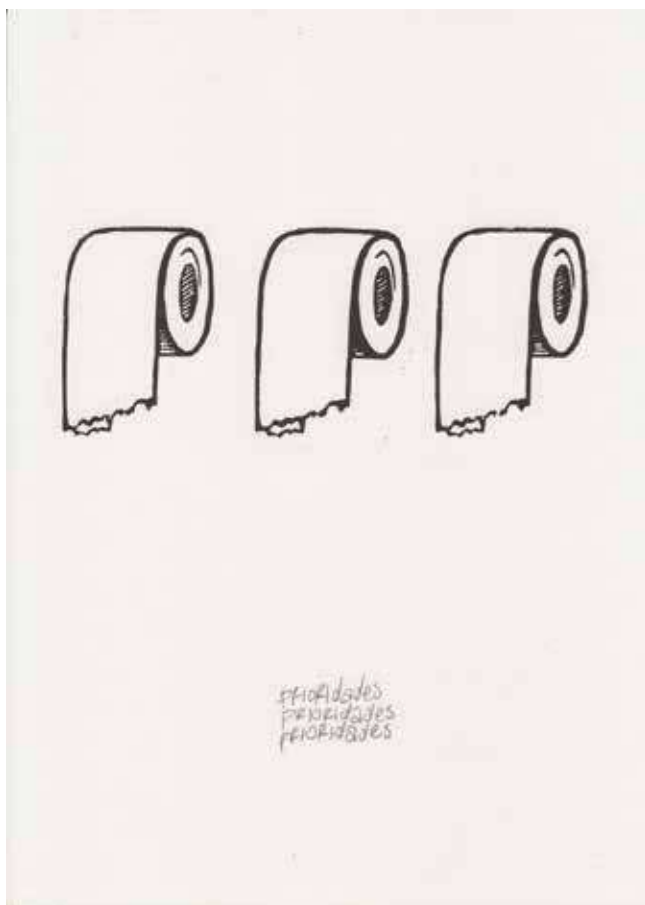
Serie gráfica de **Diego Ledesma García**
Prólogo de **Daniela Zurita**

Hace 51 años ya lo dijo el escritor Jorge Enrique Adoum: Ecuador es un país amargo. La mediocridad política, la falta de honestidad y la estupidez en todos los niveles sigue siendo una constante que se evidencia notablemente en las crisis sociales, económicas y especialmente hoy en día en las sanitarias. Tras una larga historia de negligencia estatal que ha perpetuado la vulnerabilidad ciudadana, la confianza ha mermado al punto de desatar la necesidad de negar la crueldad del silencio.

Ahora que la vida se ha quedado en pausa, y aún espera la orden de reinicio; ahora que Ecuador está enfermo y que el miedo es una sensación poderosa que nos habita, nos damos cuenta que nosotros, solo nosotros, somos la respuesta a cualquier crisis mediante nuestra capacidad de autonomía. Aun en los momentos más crudos, en los que hemos visto cadáveres compañeros ser plantados en el asfalto de las calles, existen pequeños triunfos en mitad del terror. Uno de ellos es el acto político de la creación consciente, consciente del individuo y del otro, de aquel que ocupa cuerpos vulnerables de los cuales solo la colectividad podrá ocuparse. Desde ese lugar se crea la serie de xilografías "Ecuador amargo".

Esta serie pretende actuar como una especie de radiografía del momento histórico que vivimos, potenciando la pregunta como acto de reflexión para modificar la realidad social que nos abruma. Las obras que conforman “Ecuador amargo” nos demuestran que, a pesar del encierro prolongado y obligatorio, sigue vigente el afán por manifestar la necesidad de sostener los lazos sociales, así como nuestras individualidades, que en tiempo de pandemia apuestan por la empatía.

Mediante estas obras, Diego nos propone comprender que solo se pierde el miedo a la muerte cuando se le da un sentido y, además, evidencia que, a pesar de los años transcurridos, Ecuador siendo amargo.











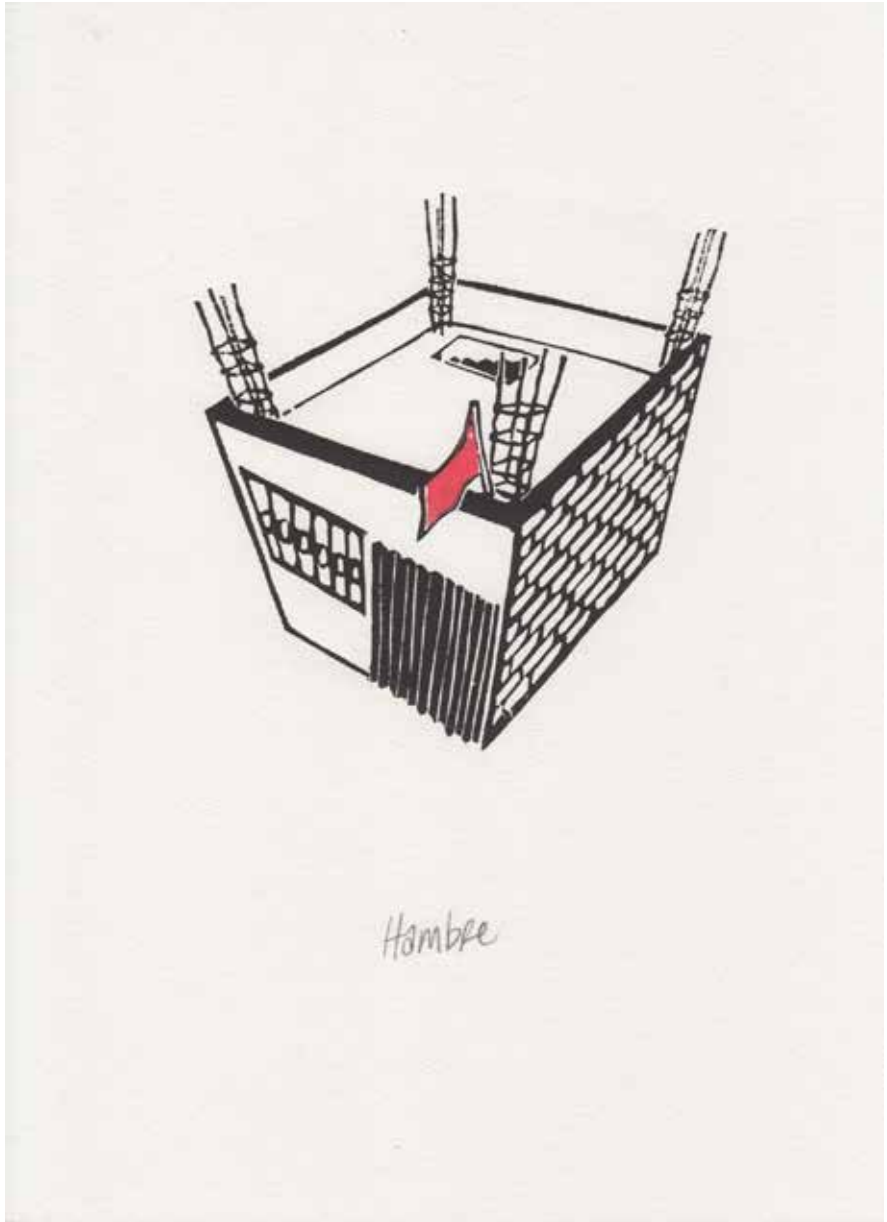


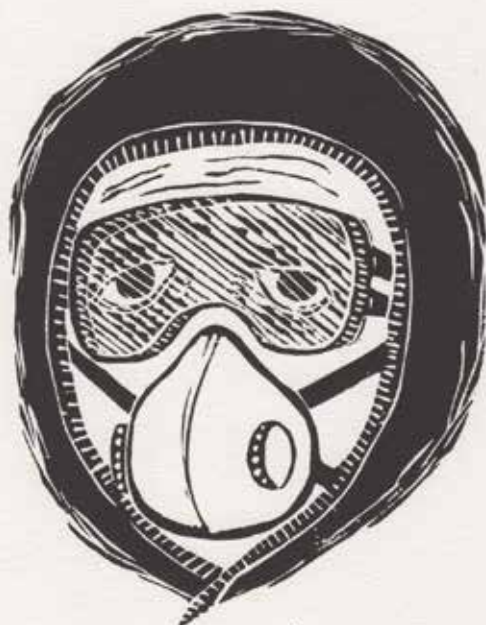


Abandonados
à su muerte

"El dolor de
la pérdida
y no poder
decir adiós
con decencia"

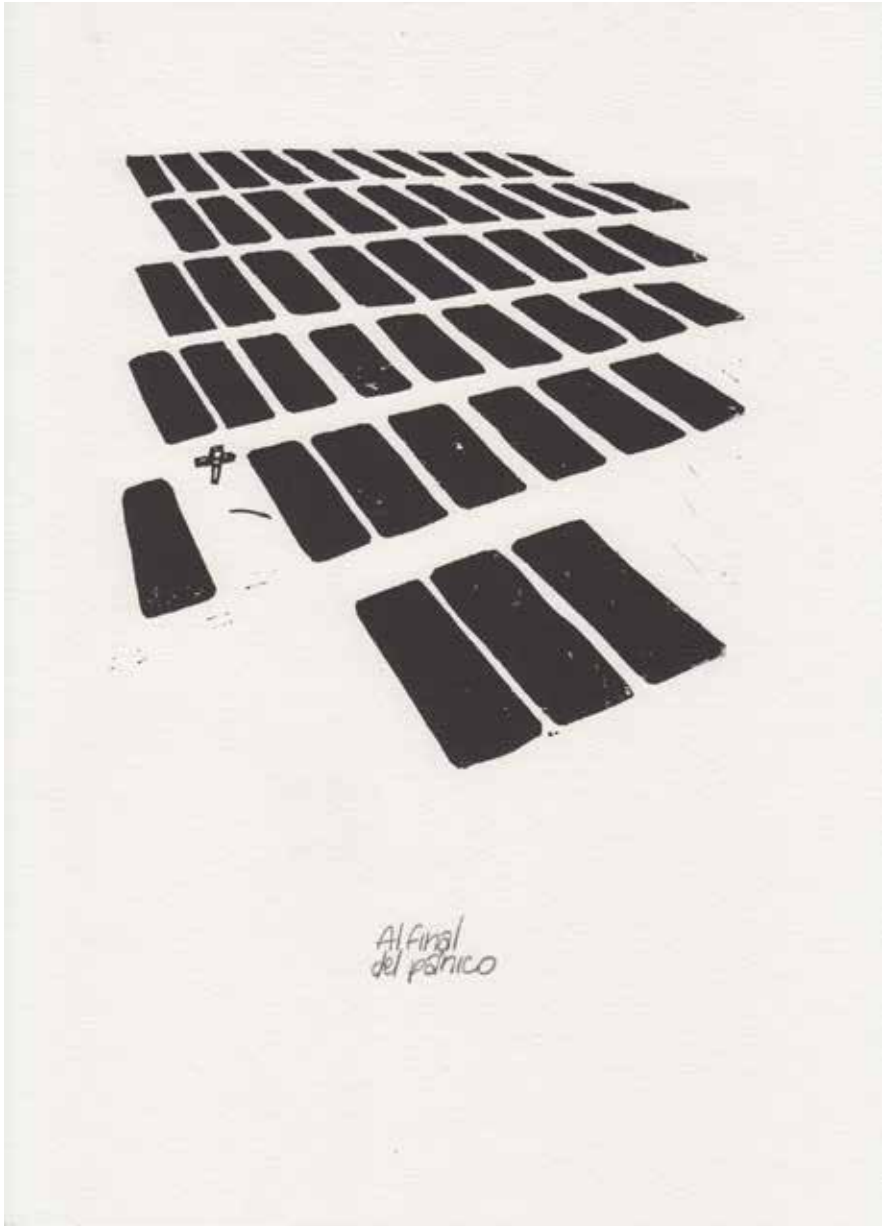


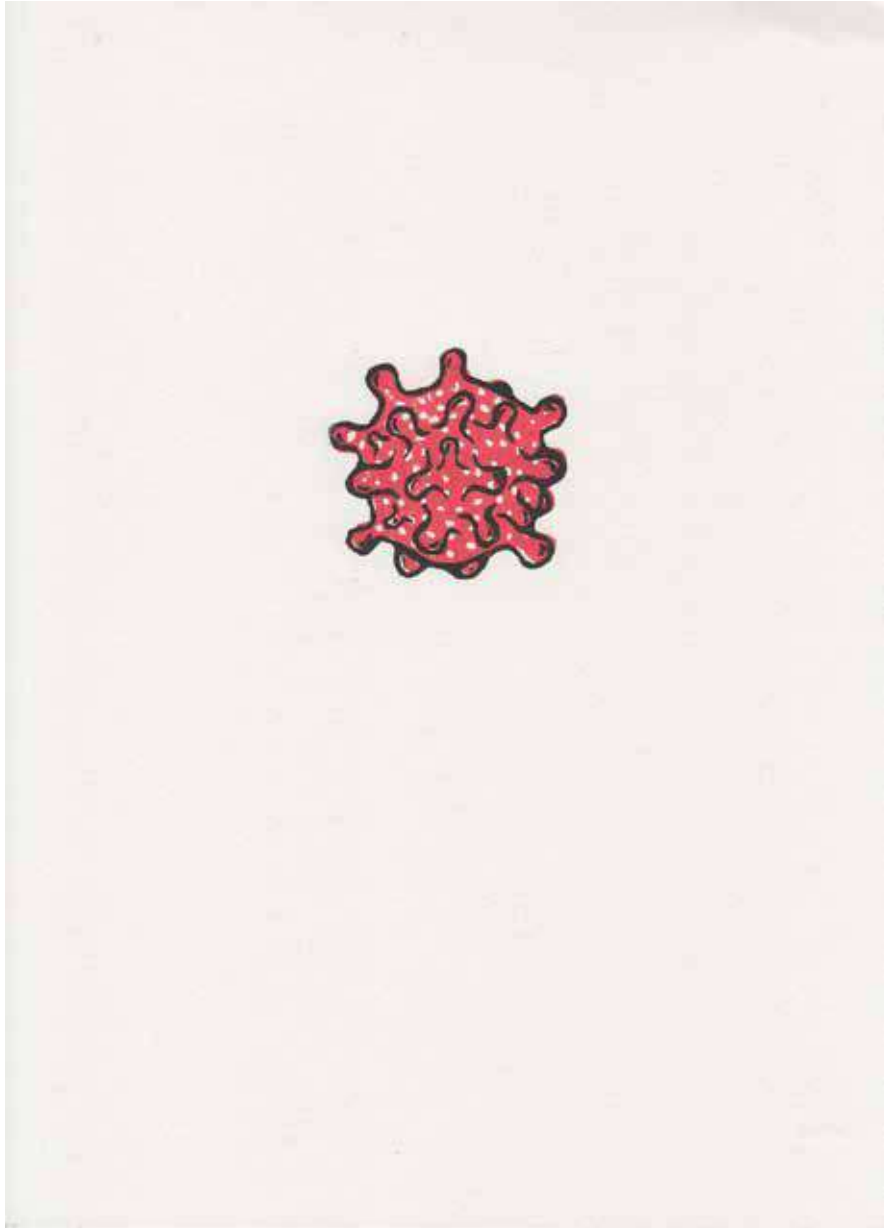




Sísifo en
tiempos
de peste







Persistencia

Desde la zona cero

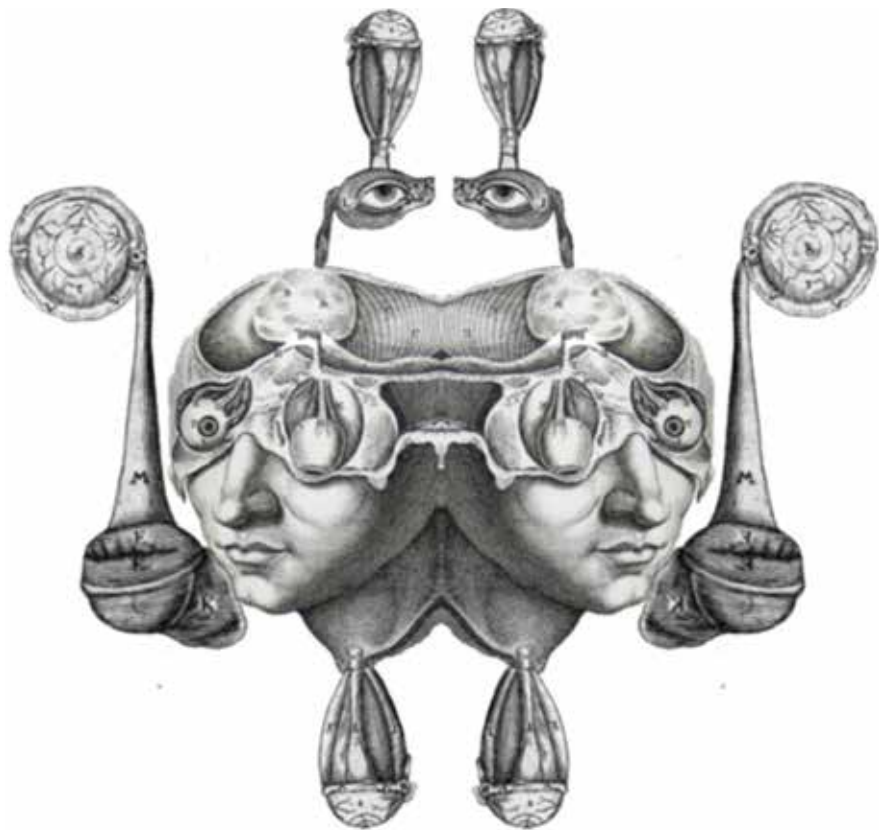
Marco Sáenz R.

Cofundador de colectiva ESPACIX MAL/ESTAR

Nuevo ensayo desde tierras infectadas

Desde estas instancias es complicado enfocarse, hablar desde certezas y no desde la impotencia. Lucho conmigo misma, evito definir las cosas a partir de sus esencias, estas me parecen peligrosas y pretenden fundar un mundo ordenado/conquistado.

Este ensayo busca lastimar o al menos remover la conciencia tranquila del ser humano, cuestionar los límites de las cosas enunciadas como verdades totales. Estudio la situación desde ángulos atrofiados. La conciencia del humano es capaz de desdoblarse de la realidad 'absoluta' cuando se enfrenta a situaciones fuera de su propio entendimiento, situaciones de conflicto inminente como las que atravesamos.



Todas las imágenes fueron creadas en el laboratorio de colectiva Espacix mal/Estar a partir de este texto

Presenciamos una nueva amenaza a la vida humana; las estructuras estatales locales han develado su nefasto funcionamiento, siempre han trabajado desde la desigualdad atroz y el abuso de poder, disfrazadas como un modelo exitoso de libertad y progreso.

Las certezas de los símbolos establecidos nos empujan al vacío. Así como en octubre y en noviembre del año pasado,

la vida humana no tiene valor alguno, somos solo engranajes. Los sistemas de salud y educación deberían ser prioridad en estos tiempos, pero, en su lugar, se unen esfuerzos gubernamentales para perpetuar la desigualdad. Es la oportunidad de abordar los límites de la cultura humana como la conocemos, desconfiar de nuestras 'prioridades' esenciales.



Apetite totalitarie, la nueva cara de la tiranía estatal. Medidas totalitarias convulsivas demuestran prioridades inútiles y recursos desperdiciados, una fantasía rancia que vivimos día a día. Desde el exilio digital somos acechados por helicópteros,

cientos de patrullas resguardan toques de queda extendidos y los cadáveres siguen en las aceras. El virus y la inflación semiótica han logrado mantenernos confinadas al silencio y la desorganización. Una nueva sociedad fatigada ha nacido.

¿Necesitamos una vigilancia total para salvarnos de esta apática realidad? Estos actos siembran un precedente desca-
rado en la intervención y el control de este Estado que protege la salud económica, sus protocolos absurdos e infraestructuras obsoletas.

Debemos desconfiar de su legitimidad, no podemos seguir manteniendo la estructura civil actual.

El rol de los medios oficiales, el dominio del ‘realismo científico’ y un sistema de salud desbordado —entre otros factores— nos han llevado hasta la conmoción preapocalíptica. Somos parte de un conflicto semiótico que busca sembrar pánico mientras las industrias agotan los ansiolíticos, el paracetamol y los desinfectantes. El virus se ha extendido por Occidente y nos enseña a desconfiar del prójimo. La desigualdad brinda condiciones insalubres, las estructuras que suelen sostener nuestra vida cotidiana buscan limitar y no ayudan para nada. El tratamiento del COVID-19 como un dispositivo semiótico de control supone un enemigo invisible que siempre ha ‘estado’ con nosotras. Todos estamos infectados, siempre lo estuvimos, el orden mundial nos infectó.

Indiferentes cuentacuentos, chupasangres, generaciones tras generaciones educadas bajo la insignia del individualismo competitivo. Esta educación nos matará como especie; el virus triunfa porque trabaja bajo la simbiosis mutualista, la unión, la tendencia fundamental de vida.

Mientras la especie humana cae, la infección psicológica nos mantiene desconfiando y dividiendo.



Asalto pandémico. Lo que se vive en las calles de Guayaquil es un tétrico ritual colectivo, somos parte de una sociedad muerta, el hecho clave de no tener muertes dignas nos restringe en la cara que nunca tuvimos vidas dignas. El éxito de este ‘modelo’ está en la cosificación humana.

Lindas fachas civilizatorias esconden los peores escenarios. Mantenernos fuera del rango de transmisión viral resulta imposible, de la guerra psíquica nadie se escapa. En casa

creemos estar afuera, pero estamos debajo de todo. La fuerza creativa es tomada a la ligera. El poder de lo convencional hace que nuestros pulmones (cerebro) paren de funcionar inconscientemente.

El COVID-19 erradica el engaño de libertad que creíamos vivir. En Guayaquil hace tiempo que explotó la burbuja exitosa: la pésima gestión local, las morgues desbordadas y las calles convertidas en albergues de cadáveres nos narran el horror que vivimos. Números misteriosos, medicamentos agotados (acaparados inconscientemente), pantallazos fumigatorios, ataúdes de cartón, muertos embalados por días junto a nosotros. Escenarios dantescos desde el sur hasta el norte de la Guayaquil ‘próspera’.

Desde la zona cero con la ausencia de instalaciones sanitarias, las disculpas gubernamentales no alivian un carajo. Esto no pasará rápido como una pesadilla, es la cruda realidad expuesta ante nosotros. Aquí no existe necroética; si no les interesa cuidar de la vida peor cuidarán de nuestras muertes.

Fuerza Ingovernable —nos necesitamos hábiles, firmes, seguras de nosotras mismas—. Exigimos libre y clara información, las autoridades locales no aparecen y si lo hacen es un despliegue descarado y fanfarrón de mentiras.

Es clave traspasar la malla civilizatoria actual, trascender la cosificación humana; asumir, tragar saliva y escupir (con precaución). La paz aparente de la vida se ha mezclado con caos y muerte, es una sola. La energía destructora de esta pandemia llamada COVID-19 busca subvertir el símbolo de la humanidad. Es en este camino que colectivas subversivas buscamos desesperadamente desplazar señales establecidas para piratear otras vías posibles.

¿Qué hacer? No existe fórmula salvadora, mantener una activa actitud crítica es necesaria. Debemos actuar unidos, proyectar cooperación de todas las formas posibles, crear cuerpos tácticos de ayuda y redes de afinidades productivas, cuestionarnos y compartir privilegios. Reconocer qué conocimientos tenemos, cómo nos ayudan, cómo nos controlan y cómo nos limitan.

Esta crisis sistemática es evidencia suficiente para no creer en las estructuras que rigen nuestras vidas, dejar de esperar y actuar como nos sea posible. También es importante crear grandes y fuertes comunidades digitales y apoyar las existentes. Trabajar siempre desde la solidaridad y no desde la caridad, esto develaría la inutilidad de políticas represivas.

Escribo desde la sombra post coito neoliberal. Esta crónica no busca refundar nada, ni está festejando desde el devastador poder de la conquista viral. La palabra enunciada es un signo inventado y bajo ella moriremos.

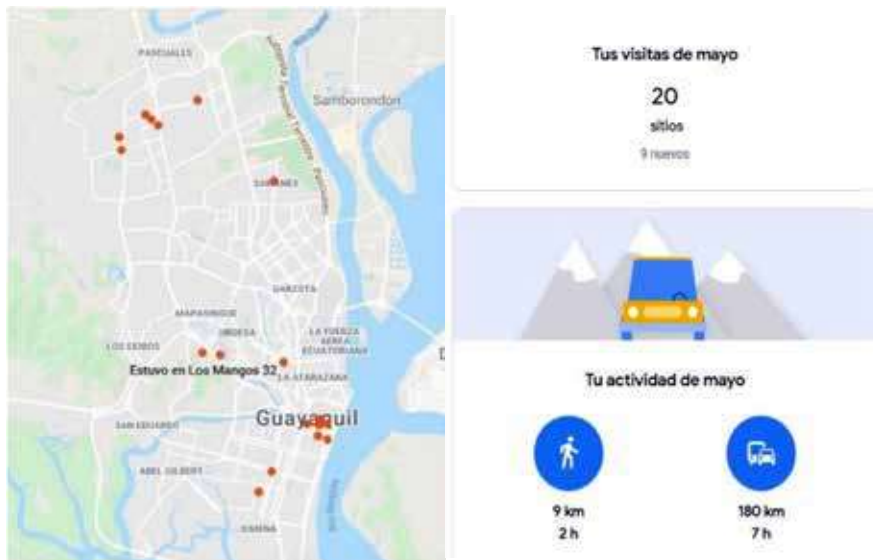
Ahora que, desde el confinamiento, este ensayo plantea deconstruir la realidad expuesta, busca reconfiguraciones personales desde colectivos, aquí no hay aseveraciones sino incitaciones al cuestionamiento general y a la sublevación. Es una invitación a pensarnos vivos desde redes cooperativas de saberes por explorar, sin jerarquías ni autoridades salvadoras; esto significa enfrentarnos a la endeble incertidumbre de la vida, al vacío hondo y complejo de las certezas.

Cartografía de los afectos en semáforos rojo y amarillo, o de cómo Google sabe todo sobre mí

Mary Pacheco Paño

Esta es la forma de mi corazón, seguro es más grande, pero esta forma irregular es el resultado de unir todos los puntos que, según *Google Maps*, son los espacios que pude recorrer/habitar todo mayo 2020.





Reporte de Google Maps de mis movimientos



Recorrido de mis afectos por Guayaquil

1, 2, 3: Mi casa, mi barrio, el Paraíso de la Flor

Vivo en la periferia de Guayaquil, el Paraíso de la Flor, en algún kilómetro de la perimetral y acá el COVID-19 se vive de manera más tranquila que en la urbe. La apariencia del barrio era la de un largo y extraño feriado, con la diferencia de que se percibía el silencio de luto por los vecinos que murieron y por la pérdida de todxs.

No obstante, a las dos o tres semanas de confinamiento los vecinos salían al portal de su casa a estar sentados, incluso después de las 2 p.m. Ven a la gente pasar, saludan, conversan. Lxs más jóvenes juegan pelota, lxs más adultxs cartas mientras beben cerveza. La tienda cerraba a las 5 p.m. Los envidio un poco. Ellxs parecen cómodxs, saben cómo habitar este lugar sin desesperarse o aburrirse porque sus amigxs y familiares están aquí —o en mis delirios de encierro, eso percibo—.

Para mí es distinto. Desde mis privilegios, he tenido el tiempo para pensar en habitar los espacios. Mi casa, por ejemplo. Vivo con mi mamá y la Sra. Choco, una gata negra. A pesar de que no me falta ‘nada’ y que tengo mucho amor aquí, no puedo decir que me siento en casa. Acá soy otra, una versión que mi hogar evangélico puede digerir. Una yo a la mitad, una yo para mi mamá.

Mi mamá suele decir que no tiene ni idea de quién soy. Yo tampoco lo sé, pero sé que extraño ser la Mary que soy junto a mis amigas, junto a mis vínculos, junto a mis compas. ¿Es acaso la familia solo el círculo cerrado por la consanguinidad?

4: Metrobastión

Al igual que mis vecinos, el encierro me marchitaba, y en un acto de amor (o egoísmo, todo depende de la perspec-

tiva) empecé a salir. En Metrovía, claro está; después de perder trabajo y de ver las deudas crecer, no estoy para pagar taxis. La estación en el mapa se ve relativamente cerca, pero no lo es tanto sin el alimentador. Hay dos formas de llegar:

- Caminando por la carretera (30 minutos).
- Tomar mototaxi (o caminar 11 minutos) y luego tomar un bus en la principal. Regresar de la estación a la casa es otro trámite, las rutas cambiaron y a veces me pierdo.

La primera vez que volví a la Metro me sorprendió ver a la gente ordenada, hacer fila y mantener distancia. Esto se pierde un poco en horas picos, pero siempre voy sentada y llego al centro en media hora (antes era hora y cuarto). No me lo creo.

5 y 6: La parada de buses. Calle principal del Paraíso de la Flor

La principal está como siempre, solo que todo cierra más temprano. Se han multiplicado los pequeños mercados en las aceras. Asumo que mucha gente se quedó sin trabajo y moverse lejos está complicado, por lo que han optado por vender mascarillas, alcohol, comida, víveres, enseres y todo lo que se les pueda ocurrir en puestitos de madera, plástico, carretas o tendidos en el piso. A esto se suman las motos, mototaxis y furgonetas que se encargan de movilizar para el fondo a las más de 65 000 personas que vivimos por el sector.

Al esperar el bus pienso que probablemente acá ya todos nos contagiamos; el distanciamiento y la cuarentena es para la gente con ahorros o con posibilidad de endeudarse. Acá no existe eso.

7 y 8: T y D. El otro Paraíso y La Cogra

T me preguntó si podía abrazarme, le dije que no lo dudara; era la primera amiga a la que veía en meses. Nos abrazamos muy fuerte y un señor en un auto empezó a pitarnos y gritó: «¡Distanciamiento social, irresponsables!». «Envidioso», respondió T y me llevó a la tienda. Nos sentamos en una vereda.

Luego fuimos donde D, ellas son como mis hermanas. Cocinar, fumar, conversar, ir a comprar, tomar vino. Actividades banales que puedo hacer sola se vuelven un ritual junto a ellas.

9: Mi hermano y mi papá. El estadio Capwell

Compartimos el desayuno, ellos nos han visitado un par de veces. Volver a abrazar a mi ñaño y poder conversar con él fue un alivio. Es el único en la familia que realmente me conoce.

10: Mis abuelos. El Cristo del Consuelo

Mi abuela estuvo muy enferma. Se encontraba algo adolorida porque el día anterior se sintió tan bien que salió a caminar después de meses de encierro. Fue a buscar a una costurera para hacerse un nuevo vestido. A mitad del camino ya no podía moverse y tuvo que esperar media hora bajo el sol. Todxs la sermonearon, menos yo. Estoy segura de que habría hecho lo mismo en su lugar.

11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18: JP, el centro y los locales

El centro, como se puede observar por el número de lugares, es como mi otro hogar, lo recorro más que mi barrio. De hecho, fue al primer lugar que salí, después de 42 días

de encierro. Al principio, volver a habitar sus calles me daba miedo, tristeza y melancolía. No podía ver las esquinas sin recordar a los muertos abandonados de las fotos. Se sentía ese luto suspendido en el aire. J me contaba que a ciertas horas había tal silencio que parecía que estaba a punto de empezar una película de terror, algo siniestro. Con el pasar de los días volvió la bulla, la gente y mi alegría de sentirme anónima en la calle y de moverme entre la gente.

El centro también es JP. En sus abrazos, en su risa, en nuestros interminables debates y en el amor que compartimos encuentro fuerza y esperanza. Su presencia y su voz me alivian en medio del horror, del asco y la rabia que me produce la corrupción, las injusticias y el capitalismo.

19: La Atarazana

Aquí solo esperé 30 minutos un bus porque me confundí.

20: O y A. Samanes 2

Mis amigos, mis compas. Le pedí a O que me hiciera una michelada porque la noche anterior soñaba que tomaba una. En esta casa me he divertido un montón y ellxs siempre me hacen aligerar toda pena. Sin embargo, en la única visita que hice a su casa no pude evitar desahogarme, incluso llorar. Fue hermoso, cocinamos también.

Nota final:

Me llegó al correo un mensaje de Google con el listado de todos los lugares en los que estuve en mayo. Reconozco cada uno de esos momentos y por primera vez, más que vigilada y paranoica, veo esos puntos en el mapa satelital de Guayaquil

con mucho cariño. Los afectos me llevaron a cada uno de esos lugares. En cada punto marcado está mi corazón, está esa 'yo' intangible que sé que existe fuera con esos otros seres que me alivian la existencia.

Uno todos los puntos del mapa esperando buscar una respuesta, un patrón, pero solo veo como me muevo de norte a sur de forma irregular. Quizás a nadie le importa esto más que a mí, a Google —que me vigila— y al gobierno, si algún día intenta criminalizarme por movilizarme pandemia. Soy lxs otrxs.

¿Es normal?

Diana Gardeneira

Es normal sentirme triste.

Es normal sentir miedo.

Es normal la incertidumbre.

Es normal no ser quien era ayer.

Es normal no querer pensar.

Es normal cantar muy fuerte una canción.

Es normal querer ser más grande.

Es normal tener todo el tiempo del mundo.

Es normal no querer hacer nada.

Es normal llorar.

Es normal hablar con tu familia y amigos y reír.

Es normal olvidarte de todo.

Es normal ver una película o una serie o un documental.

Es normal no querer levantarte.

Es normal que la ciudad esté vacía.

Es normal que no haya movimiento en las calles.

Es normal buscar consuelo en tu perrita o gato.

Es normal que haga mucho calor.

Es normal querer irte del planeta.

Es normal ser un zombi.

Es normal ayudar a los demás.

Es normal no querer comer.

Es normal donar, compartir y donar.

Es normal creerte inútil.

Es normal que el día te gane.

Es normal bailar.

Es normal estar desamparada.

Es normal esconderte de las noticias.

Es normal no jugar con tus sobrinos.

Es normal la soledad de la ciudad inhabitada.

Es normal estar aterrada de ir al supermercado o la farmacia.

Es normal que haya toque de queda de 2 p.m. a 5 a.m.

Es normal aprender a tocar un instrumento musical.

Es normal emborracharte.

Es normal escuchar música o un podcast.

Es normal no querer hablar con nadie.

Es normal tragarte la información diaria.

Es normal tener privilegios.

Es normal querer vomitar.

Es normal tener hambre.

Es normal estar desilusionada.

Es normal que solo puedas salir en carro 1 día a la semana.

Es normal pintar solo una pincelada al día.

Es normal cocinar.

Es normal lavar poca ropa porque no sales.

Es normal vivir en un país pobre.

Es normal que no haya embotellamientos.

Es normal que vendan verduras en una camioneta y la gente se amontone a comprar.

Es normal cabrearte por lo que pasa.

Es normal cuidarte y que aun así te enfermes.

Es normal estar confundida.

Es normal sentir a la Perla del Pacífico fría y sudorosa.

Es normal escuchar el eco de los vendedores ambulantes y los peatones.

Es normal estar abatida.

Es normal tener que ingeniármelas para enterrar a mis familiares.

Es normal lavar los platos y que sigan amontonados.

Es normal tener que crear juegos con tus hijos mientras limpias la casa y teletrabajas.

Es normal quedarte despierto hasta las 6 a.m. viendo televisión.

Es normal estar decepcionada.

Es normal salir a buscar qué comer para mis hijos.

Es normal ser vulnerable.

Es normal sentirte avergonzada.

Es normal no poder crear.

Es normal no poder leer.

Es normal estar sana.

Es normal recién darte cuenta de que nada volverá a ser como era antes.

Es normal todos los días ser alguien distinto.

Es normal estar furiosa.

Es normal estar devastada.

Es normal contagiarte de dengue.

Es normal sentirte prisionera en tus cuatro paredes.

Es normal no sentir nada.

Es normal creerte un *fake news*.

Es normal hacer teletrabajo y hacerlo mal.

Es normal que los muertos aparezcan en las calles.

Es normal que quieran aislar Guayaquil.

Es normal hacer talleres en Zoom.

Es normal pensar en el futuro.

Es normal que me insistan que me quede en casa cuando vivo en una casa de 2 x 2 metros con 6 miembros de mi familia.

Es normal planear tu vida.

Es normal que no sigas las noticias por un día o una semana o más.

Es normal que te enfermes y vayas al hospital y te digan que te regreses a tu casa porque no hay camas libres.

Es normal tener antojo de frituras y dulces todo el tiempo.

Es normal que te despedidan del trabajo.

Es normal que se haya roto un oleoducto en el Oriente ecuatoriano.

Es normal leer un libro nuevo cada semana.

Es normal que llueva y no puedas sacar a pasear a tu perrita.

Es normal que te dé preeclampsia y estés en coma por violencia obstétrica.

Es normal no saber qué más hacer para ayudar.

Es normal organizar la casa.

Es normal hacer ejercicios.

Es normal no poder despedirte de tu abuela o tío que falleció.

Es normal que haya 5200 denuncias de violencia intrafamiliar contra las mujeres, durante el primer mes de cuarentena.

Es normal pensar que el mundo se está acabando.

Es normal sentirte libre.

Es normal que no haya camas libres en los hospitales.

Es normal frustrarte.

Es normal que tu casa siga desordenada.

Es normal estar sana.

Es normal estar hostil.

Es normal estar irritada.

Es normal estar herida.

Es normal respirar profundo y recordar que estás viva.

Es normal no querer sacar a pasear a tu perrita.

Es normal abrazar a la persona con quien haces la cuarentena.

Es normal sanar.

Es normal que hayas estado mochileando por Europa, te cerraron las fronteras de los países y ahora no puedas viajar de regreso a Ecuador.

Es normal cocinar alfajores y tiramisú.

Es normal dar el pésame a cada rato a las personas que sigo en Facebook.

Es normal que la gente se cure del COVID-19.

Es normal que, al 12 de abril, el ECU-911 ha recibido 6819 llamadas por violencia de género.

Es normal que, antes del toque de queda, la fiscalía recibía semanalmente 660 denuncias; hoy son 80 por las restricciones de movilización.

Es normal que sientas ganas de llorar cuando ves muertos en una banca en la vereda. Con un parasol. Con un letrero que diga «lo intentamos todo, pero nunca nos ayudaron».

Es normal que no salgas de tu casa desde hace 1 mes.

Es normal que se enfermen personas cada vez más cercanas.

Es normal darles ánimos.

Es normal que me pidan que me lave las manos, pero no tengo agua potable.

Es normal hacer videos para animar a tus amigas enfermas de COVID-19.

Es normal que estés en modo «voy a realizar las tareas de la pandemia».

Es normal no tener trabajo.

Es normal que afuera de tu casa sea un infierno.

Es normal pelearte con todos.

Es normal que tus zapatos se llenen de humedad.

Es normal que sigas cursos en línea.

Es normal que me boten de la casa y no tener a dónde ir.

Es normal hacer *retwitt* y *share* y *repost*.

Es normal firmar cartas en change.org o [avaaz](http://avaaz.org) pidiendo ayuda internacional.

Es normal que el Estado compre mascarillas de \$12.

Es normal tener full energía y querer hacerlo todo.

Es normal querer cocinar todas las recetas que nunca quisiste hacer.

Es normal que tu perra les ladre a los perros en la calle porque quiere salir.

Es normal que haya funcionarios de morgues hospitalarias que cobraban hasta \$400 por entregar cuerpos a familiares.

Es normal no ver el futuro.

Es normal que mandes a tus empleados de vacaciones, aunque no vayas a descansar encerrada en tu casa, en medio del apocalipsis.

Es normal que se pierdan los cuerpos de personas fallecidas en los hospitales públicos.

Es normal no hacer planes.

Es normal que tu mamá tenga cáncer y no pueda ser operada para quitarle el tumor.

Es normal que te quieran cobrar por el tanque de oxígeno \$600, \$800, \$1300 y \$3000.

Es normal que las morgues estén saturadas.

Es normal pedir por *delivery* y que el 80 % de los pedidos vengán mal.

Es normal ver conferencias por Instagram live.

Es normal que te de dengue y COVID-19 y estés en coma.

Es normal que se acabe el lysol, alcohol o sani.

Es normal tener que estar embarazada.

Es normal dudar con cada *post* que hagas en Instagram.

Es normal que los hospitales estén saturados de gente.

Es normal odiar a las autoridades.

Es normal que las personas se enfermen en sus casas y decidan no ir al hospital, con miedo a morir solos y que se pierdan en el caos; y decidan morir rodeados de sus familiares cercanos.

Es normal que des a luz, te den de alta y que tu doctor te diga «los dolores que sientes son normales».

Es normal que los medios de comunicación internacionales cuenten lo que pasa en Ecuador y tus amigos internacionales te pregunten cómo estás.

Es normal que lleves semanas sin saber de las noticias completas.

Es normal que bloquee todo lo que te enteras.

Es normal extrañar salir al centro comercial, aunque no te guste el centro comercial.

Es normal querer comer pan enrollado y no saber donde comprarlo.

Es normal pagar demasiado por los vegetales y los *deliveries*.

Es normal que el gobierno diga que el 4 de mayo podemos dejar el aislamiento y pasar al distanciamiento social.

Es normal que haya mosquitos y ruegos que no te dé dengue.

Es normal ver historias de supervivencia en redes sociales.

Es normal pensar que la gente no va a hacer caso y seguirán saliendo y todo se saldrá control.

Es normal sentir frustración de que tú seguirás aislada lo más que puedas, pero la gente afuera seguirá saliendo, se enfermará y esto nunca va a acabar.

Es normal no querer ver en la tele películas o series de virus, pandemias y tragedias.

Es normal pensar proyectos para ayudar a tu comunidad.

Es normal que seas despedido y que te den una miseria de liquidación después de 25 años de trabajo.

Es normal no saber qué hacer con tu vida.

Es normal sentirte decepcionado y que no importas porque no tienes trabajo.

Es normal que pienses en emprendimientos para poder sobrevivir.

Es normal que, después de la pandemia, la crisis económica mundial pueda acabarnos.

Es normal reírte sin ninguna explicación.

Es normal que tus amigas te consuelen cuando la ansiedad te acaba.

Es normal pensar en «cuando todo vuelva a la normalidad» y darte cuenta que nunca nada será igual.

Es normal que quieran hacer recortes a la educación y que todas las universidades y colegios se estremezcan de lo que se viene.

Es normal hacer ejercicios en tu casa y caminar de un lado a otro para poder cumplir con los pasos que te propusiste.

Es normal ver un video sobre cómo desinfectar la comida del supermercado y darte cuenta de que todo este tiempo lo has estado haciendo mal.

Es normal que después de llorar sin motivo, ponerte a ver videos de cachorros y gatos para reírte y aliviar el alma.

Es normal armar un proyecto de arte para no pensar.

Es normal darle ánimos a tu familia para que no dejen de actuar.

Es normal que haya países que están saliendo del virus.

Es normal que las reglas estén para cumplirse y nadie las cumpla.

Es normal que el teletrabajo te haga trabajar más de lo que trabajarías en la oficina, mientras tu esposa cuida a tus 6 hijos sin ayuda de nadie.

Es normal que por el día de la madre muchas personas visitaron a su familia, mientras el resto están encerrados con ansiedad y nervios porque el COVID-19 puede ser asintomático.

Es normal que, a 2 meses de cuarentena, haya habido 12 femicidios.

Es normal que en ciertos sitios de la ciudad no haya policías ni nadie que cuide y la gente salga fuera de las horas del toque de queda.

Es normal que haya gente que visite a su familia porque no están enfermos.

Es normal que después de 2 meses de confinamiento a la gente se le olvide que la enfermedad puede presentar síntomas 2 o 3 semanas después.

Es normal sentirte estúpida por ser la única persona que sigue las reglas.

Es normal que, siendo profesor en escuelas privadas, no tengas un horario definido de teletrabajo.

Es normal que te bajen las horas de trabajo y el sueldo.

Es normal que no tengas con quien dejar a tu bebe mientras teletrabajas.

Es normal que un estudiante te escriba a las 9 p.m. por WhatsApp y si no contestas, te llamen por teléfono.

Es normal que eliminen empresas públicas.

Es normal que ya puedas regresar a tu país por medio de vuelos humanitarios, pero que en realidad son aviones viejos, donde la gente se amontona al entrar y te tratan mal.

Es normal que haya un plantón pacifico por los derechos laborales y el Seguro Social, el recorte presupuestario y las medidas económicas antipopulares, y la policía lo reprima con golpes y gas lacrimógeno y metan presas a las personas de forma violenta.

Es normal que personas con COVID-19 se fugaran de sus hoteles para viajar en vuelos humanitarios a Ecuador.

Es normal que, en el aeropuerto, la gente se queje de que en los controles no se cambian los guantes con cada pasajero que atienden.

Es normal que te hagan quedar 15 días en un hotel caro, prepagado por ti mismo con las comidas incluidas, y que la comida no sea siempre completa o que hasta el agua escasee.

Es normal que familias completas estén encerradas en habitaciones, haciendo cuarentena, y que se peleen todo el tiempo.

Es normal que después de 2 meses de aislamiento, vayas a visitar a tus nietos a través de la ventana y se te rompa el corazón de felicidad y tristeza.

Es normal regalarle a tus vecinos torta de banano.

Es normal sacar a tu perrito después de 2 meses de encierro, y de verlo con signos de depresión.

Es normal que el 20 de mayo suavicen las restricciones de Guayaquil, de semáforo rojo al amarillo.

Es normal que todos los miércoles, día que te toca salir con el carro por la placa, te den ganas de llorar, justo antes de salir.

Es normal que si vas por las calles de Guayaquil veas a la gente con mascarillas, caminando como si nada. El chifa con gente sentada comiendo, la tienda de ropa y calzado, con poca gente, pensando cómo hacen para probarse los productos que venden.

Es normal que te decepciones de tu país y los gobernantes.

Es normal querer pensar en alternativas de sitios para vivir, comunidades en la naturaleza compartiéndolo todo, con libertad y sin restricciones.

Es normal que se popularicen grupos de trueque.

Es normal que las mujeres no quieran hacer las denuncias de violencia de género al Ecu-911 y al 1800-Delito porque no reciben ayuda, no se transparentan los datos y no tienen capacidad de respuesta, así que optan por alternativas como el CEPAM o Fundación María Guare, etc.

Es normal.





Parentesco marica¹

Jordy de los Milagros Robles

Este texto surge en medio de la experiencia de aislamiento de personas maricas tras la pandemia de COVID-19. Aquí está recordada parte de nuestra historia: el hecho de que nuestras antecesoras vivieron otras experiencias de pandemia y otras experiencias de aislamiento que les enseñaron a resistir. Este texto es un homenaje a ellas. Su sobrevivencia y su resistencia nos resultan profundamente inspiradoras.

¿En qué se parece la diáspora africana al desamparo de personas LGBT+ en EE. UU. durante la segunda mitad del siglo xx? Un grupo de personas con unas características en común son separadas de lo que podrían llamar su hogar para ser obligadas a ocupar esferas de la vida social profundamente subordinadas y oprimidas.

¹ Utilizamos el término 'marica' para agrupar a todas las personas de la diversidad sexogenérica del contexto que presentaremos a continuación.

¿En qué se diferencian? En que, en la diáspora, son los colonizadores quienes separan a estas personas de su comunidad. Las personas LGBT+ fueron separadas por sus propias familias.

In honor to the Legendary House² of Xtravaganza.

En los años ochenta, el mundo enfrentó una de las crisis epidemiológicas más alarmantes del siglo xx. Llamada por la prensa, durante los primeros días, como la ‘peste rosa’ o la inmunodeficiencia relacionada a los gays, el VIH/Sida cobró un sinnúmero de vidas a personas de la diversidad sexogenérica en su epicentro: la ciudad de Nueva York.³

Sumada a esta crisis, muchas personas —principalmente afrodescendientes y latinas— tuvieron que lidiar con el desamparo al que habían sido relegadas por sus familias y comunidades religiosas tras ser descubiertas sus prácticas sexuales o de género no normativas.

La poco conocida y mortal enfermedad, junto con las condiciones de aislamiento social y la criminalidad de los guetos donde estas personas vivían, agudizaba su vulnerabilidad y minimizaba sus posibles formas de sobrevivencia. Por esta razón, no es exagerado afirmar que muchísimas de las maricas de este contexto nacieron y murieron durante la última mitad del siglo xx.

En *La bofetada del amor*,⁴ un texto de Michael Cunningham escrito con la memoria de varias maricas de la épo-

2 De ahora en adelante usaremos este término en su traducción al español (Casa), buscando significar lo mismo que en su contexto originario.

3 Aunque no fueron las únicas víctimas de esta epidemia, ni este fue el único lugar donde se desataron los contagios, sí fueron, junto a los heroinómanos, hemofílicos y haitianos, el grupo poblacional más vulnerado, discriminado y desamparado durante el primer tiempo de la enfermedad.

4 Todas las traducciones fueron realizadas por nosotrxs.

ca, vemos cómo se recuerdan experiencias de abandono que muestran la vida de niñxs criando a sus hermanos recién nacidos, niñxs comiendo basura y durmiendo en las calles, niñxs escapando de sus hogares tras el acoso católico de su familia, etc.

Sus edades circulan entre los 7 y los 13 años y su descubrimiento de la diversidad propia reside en experiencias afectivas con otrxs chicxs, en ponerse una falda por encima de los jeans huyendo en el metro, en maquillarse a escondidas de sus familiares, etc.

Ante este contexto desalentador, ¿cómo lograban sobrevivir estxs niñxs y adolescentes, víctimas de una creciente discriminación y aislamiento social, y cómo lograron llegar con vida hasta la pandemia?

Entre las personas negras en los EE. UU., la familia es vista como una forma primaria de pertenencia cultural y comunitaria. Para pertenecer, se espera que uno se adhiera a las normas de género y sexuales dentro de la familia según lo prescrito por un discurso heteropatriarcal. El heteropatriarcado es central para las nociones de sentido común —conocimiento cotidiano— de la negritud y, por lo tanto, estructura la membresía cultural negra.⁵

Esta comprensión y exigencia de adaptación de las normas de género y sexuales sostiene la vida familiar y comunitaria permitiendo que se justifique el rechazo. Como lo señala Marlon Bailey en *Butch Queens Up in Pumps*, no todas las familias negras rechazan y expulsan a sus parientes LGBTI, pero sí es algo que hacen demasiadas de ellas.⁶

Héctor Crespo aprendió a vivir solo desde los 13 años, a inicios de los 70. Tuvo que encontrar comida en botes de ba-

5 Marlon M. Bailey, *Butch Queens Up in Pumps*, 80.

6 Bailey, *Butch Queens Up in Pumps*, 80.

sura y dormir en edificios abandonados porque era eso o soportar el abuso de su madre y sus hermanos en casa. Aprendió a zafarse de violadores que acechaban en la avenida Christopher del West Village; aprendió a zafarse de las drogas y del suicidio.⁷

A sus veinte años fue adoptado por una madre de 15: Angie Xtravaganza, quien había escapado de casa cuando era un chico de 14, después de una infancia llena de violencia y abusos familiares.⁸ Angie era la madre de una Casa formada por un montón de personas maricas que también estaban sin hogar porque habían sido expulsadas.⁹

La expulsión del hogar de crianza no es solamente una exclusión familiar. Es una exclusión extendida que le obliga a la persona expulsada a ocupar espacios separados de la sociedad, a enfrentarse a la imposibilidad de encontrar un trabajo formal, a un acceso limitado de servicios elementales, a lo precario.

La precariedad es parte de un escarmiento dado por la propia familia. Su renuncia a las normas de género y sexuales que sostienen la pertenencia a su comunidad, su salida de ese sistema es el motivo por el que se le condena a una vida precaria y subordinada.

En este panorama, la alianza de personas maricas en el sistema de tipo familiar llamado Casas, se convierte en una respuesta directa a esa condena. No solo porque logran sobrevivir sino, y más potente aún, porque se sublevan al discurso heteropatriarcal al formar un tipo de familia que supera las barreras sanguíneas de naturaleza, que ignora la jerarquía generacional y que pasa por encima de las prácticas sexuales

7 Michael Cunningham, *La bofetada del amor*.

8 Cunningham, *La bofetada del amor*.

9 Chantal Regnault, *Vaguing and The House Ballroom Scene of New York City 1989-1992*, 32.

y de género con las que este discurso se reproduce y reproduce nuevos sujetos.

El trabajo que falla en hacer la familia, la sociedad y el Estado, las Casas lo asumen con efectividad. Estas personas no solo logran sobrevivir y burlar la estructura heteropatriarcal de reproducción, sino que consiguen crear toda una cultura de modas, desfiles y baile a partir de la reorganización de su abandono.

La Casa de Xtravaganza, según recuerdos de Héctor, se oficializó en 1983 tras competir grupalmente en un desfile ofrecido por la Casa de Omni, en Harlem. Tuvo entre sus padres a Héctor Val, David Padilla, Shady Louis y al mismo Héctor Crespo.¹⁰ Entre sus madres estuvieron Carmen y Angie Xtravaganza.¹¹

El trabajo de estas personas no solo consistía en proveer de un techo y de comida a sus hijxs,¹² sino en realizar labores de cuidado durante todo el ejercicio de parentalidad. Esto es: ofrecer alguna preparación laboral o educativa para el futuro, acompañar a sus hijxs durante sus crisis de salud, acompañarles a morir y hacerse cargo de sus restos.¹³

Héctor vivió 40 años a partir de que fue abandonado por su madre. Desde entonces, aprendió a sobrevivir y se convirtió en padre para enseñar a hacerlo. Contagiado de VIH y presenciando la muerte de una gran cantidad de miembros de su comunidad, participó en la creación de un *Ballroom*¹⁴ que le diera a la gente información y conocimiento para evitar la propagación del virus: el *Latex Ball*.

10 Estamos relatando el contexto inicial de esta cultura. La situación actual de esta Casa y sus integrantes no son ni serán revisados en este texto.

11 Regnault, *Voguing and The House Ballroom*, 33-34.

12 En inglés, children.

13 Regnault, *Voguing and The House Ballroom*, 35.

14 En esta cultura, un *Ball* es un desfile periódico donde se congregan estas personas para celebrar su diversidad mediante prácticas de baile y pasarela.

Rescató y dio acogida a varios hijxs. Pagó la renta de sus amigxs en momentos económicos difíciles e inciertos. Se hizo cargo de 4 urnas crematorias que nadie reclamó y permaneció con una de ellas sin enterrarla. Se tatuó en el cuerpo la firma de sus familiares escogidos, con el propio pulso de estas personas.

Héctor murió de linfoma el 30 de diciembre de 2018 en la ciudad de Nueva York, a la edad de 53 años. Era asmático, diabético, portador del VIH y tenía un tumor en el cerebro. Su legado excede la comunidad a la que perteneció. Enseñó cómo ser un buen padre sin haber tenido uno. Desempeñó un papel fundamental en su época. Encontró una forma de resistir a la pandemia y al aislamiento social mediante una alianza marica que burló los efectos criminales de la ley.

El cuerpo virulento: un análisis del síntoma de las manos quebradas

Mayro Romero Villasagua

Las experiencias construyen nuestros cuerpos y forjan nuestras identidades. Los cuerpos que escapamos de lo común, de lo normativo, somos considerados abyectos. Nuestras experiencias son más un conjunto de situaciones o eventos que nos incomodan, restringen, censuran, prohíben, violentan. Siendo observados como cuerpos enfermos, virulentos, bajo un discurso moral, religioso y/o neoliberal. Una enfermedad virulenta que daña pero que no mata y si mata, lo hace porque tal vez no se trató su síntoma desde temprana edad. Aquella etapa en la cual tu cuerpo deja de ser individual para ser un cuerpo colectivo cumpliendo estándares para no ser considerado un cuerpo enfermo.

Tradicionalmente la masculinidad cohibe el impulso de los gestos masculinos de las manos, dan la impresión de rigidez, los movimientos de las muñecas son escasos y los dedos solo se flexionan para ejecutar una acción y jamás aletean. Los elementos de flexibilidad y animación no están en consonancia con la idea de la masculinidad.¹

Con esta cita ubico una de las tantas experiencias que pasaron sobre mí y construyeron sobre mi cuerpo lo ‘anormal’, considerándolo ‘enfermo’. Por ser marica, por ser pobre, por tener gestos y manos libres. Síntoma de algún virus social que se propagaba entre los más débiles. Entre aquellos que eran considerados quebrados o desviados. Cuyo tratamiento eran dosis de trabajo forzado bueno para el cuerpo, para la corrección de las posturas y las maneras. Correcciones que creaban ampollas en las manos, sudor y sangre.

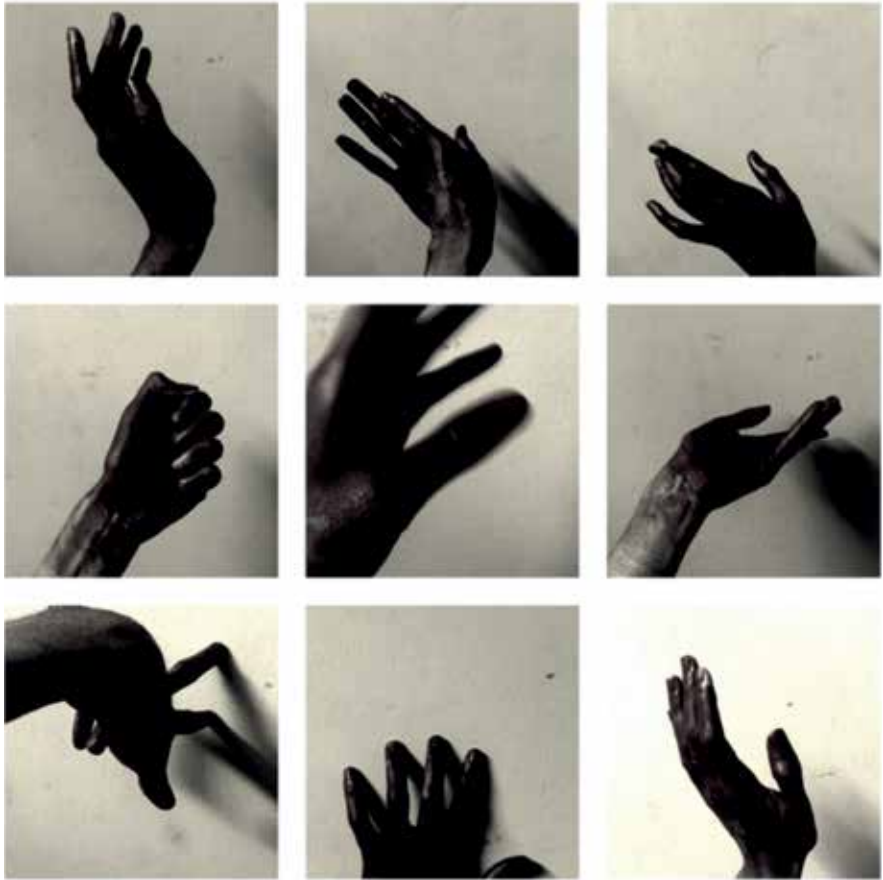
Mis manos se quebrantan sin razón alguna y eran frágiles como el aletear de las aves, eso me aterra, eso me amenaza, eso me hace sentir enfermo porque papá y mamá me dijeron que me contagié. Y que la cura estaba en dejar de ser delicado, en dejar de aparentar ser frágil, vulnerable, sensible.²

Por aquellos gestos que solo nosotros entendemos, porque la lengua se nos prohíbe y se nos niega el manifestarnos, mostrarnos ligeros y delicados en un ir y venir, en una coreografía que desagrada, que se teme porque puede ser producto de una enfermedad o, mucho peor, puede ser contagiosa.

1 Manu Arregui, “Ejercicios de medición sobre el movimiento amanerado de las manos”, 2014. Disponible en: <https://manuarregui.com/portfolio/ejercicios-de-medicion-sobre-el-movimiento-amanerado-de-las-manos-2014/>

2 Mayro Romero Villasagua. *Bitácora personal*, 2017.

En conclusión, este artículo se forma a partir de esas experiencias que nos han construido y nos forman como sujetos abyectos. Al usar la palabra ‘virus’, quienes la usan lo hacen para referirse a nuestros cuerpos como parte de una toxicidad social sin pensar que lo tóxico lo generan ellos cuando la usan para injuriar, para referirse a esos cuerpos que cuestionan los discursos sobre la construcción de la identidad.



"El síntoma Marica", de Mayro Romero

Reseña: Buscando a Bruno

Pamela Jijón*

No tengo el deseo de que la autoridad nos explique por qué Bruno desapareció, tenemos la exigencia de decir que nadie merece desaparecer.

La utopía de la mariposa

Lukas Avendaño

En esta reseña presentaremos la acción de Lukas Avendaño, *Buscando a Bruno*,¹ realizada por primera vez el 21 de junio de 2018 dentro y fuera del consulado de México en Barcelona.²

A su autor habríamos podido presentarlo como antropólogo, artista escénico, performer, escritor, militante de

* Pamela Jijón, PhD en Filosofía, miembro del colectivo Mitómana artes escénicas, docente titular de la Facultad de Derecho de la Universidad de las Américas en Quito.

1 Para consultar el video del performance: <https://vimeo.com/277627522>

2 Esta acción ha sido replicada por el artista en varias locaciones, consulados, embajadas y festivales.

la *muxeidad*.³ Pero, desde el 10 de mayo de 2018, fecha de la desaparición forzada de su hermano,⁴ él mismo se presenta solo como Lukas Avendaño y con ello sintetiza su existencia en ser «el hermano del desaparecido».⁵ En esta síntesis su cuerpo constituye el operador de la resistencia, ya no solo la del género, sino la de la política y lo social. Es desde esta íntima contracción que Lukas reestructura su manera de estar en el mundo.⁶

Lukas es el tercer hermano de seis y Bruno es el menor. A él había que cuidarlo y este cuidado se expresa desde hace dos años en su insaciable búsqueda, a la que Lukas

3 La enunciación *muxeidad* tiene su origen entre los zapotecos hablantes o lo que compartimos valores culturales por nuestra ascendencia en el marco del ‘estilo étnico’ zapoteco del Istmo de Tehuantepec –*bini zaa*–. «La *muxeidad* es indisoluble de la masculinidad, la femineidad, los ritos de paso femeninos, la iniciación sexual en muchos de los casos de los varones. La *muxeidad* acontece desde un paradigma distinto en la concepción y percepción del cuerpo, la sexualidad, la sensualidad y la vida. Desde mi experiencia, considero que la ‘vocación de servicio’ es un valor que impera entre los muxes, porque así es la cultura, que muchas veces llega a decir: «Quien no vive para servir, no sirve para vivir». Contrario al modelo desarrollista, capitalista y neoliberal que todo lo cosifica, en el cual todo tiene precio, que todo lo devasta, lo contamina, que en todo ve un valor de uso o valor de cambio, donde por encima de nuestros esfuerzos en la venta de nuestra ‘fuerza de trabajo’ nunca será suficiente para que las personas, fuera de la región del Istmo de Tehuantepec, me dejen de ver como la encarnación del rencor ponzoñoso de un asqueroso cuerpo homosexual». Entrevista a Lukas Avendaño realizada por la agencia Paco Urondo, Argentina. Disponible en: <http://www.agenciapacourondo.com.ar/generos/muxes-el-desafio-precolombino-al-binarismo-de-generos> [consulta, 10 de junio de 2020].

4 Bruno Alonso Avendaño Martínez, marino, hermano menor de Lukas, desapareció en Tehuantepec, Oaxaca, el 10 de mayo de 2018, cerca de las 15.00, en el paraje Los Manguitos.

5 «Ya no digo que me dedico a las artes, a la docencia, a la escenificación, porque todo mi tiempo es para Bruno», entrevista con Efe. Disponible en: <https://www.sinembargo.mx/26-10-2019/3668412> [consulta, 2 de junio de 2020].

6 Para abordar la extensión de su propuesta, es indispensable hacer un breve apunte sobre su vida. Lukas nació y creció en Santa Fe, en Santo Domingo Tehuantepec (Oaxaca). De padres campesinos, tuvo que colaborar con el trabajo del campo y el cuidado de los borregos y toros. Después de integrar la escuela de danza, siguió en la universidad la carrera de Antropología. Son estas dos fuentes de investigación las que tejen su trabajo de performance antropológico.

califica como una utopía. Claramente, este trágico evento familiar genera un quiebre irreparable en la vida de Avendaño y, de manera natural, en su arte. La creación cede espacio a la búsqueda que aparece como imposible pero no por ello abandonable. Rescatar el carácter utópico de la misma da cuenta de la persistente voluntad de resistencia, que nos recuerda a Sorel, para quien «el mito es lo que jamás podrá ser alcanzado y que, sin embargo, conducirá a las masas a querer derrocar las situaciones existentes».⁷

Ante la impotencia de ver truncadas las acciones judiciales en la búsqueda de Bruno, Lukas ve en su situación de artista reconocido en el extranjero una oportunidad para vehicular su demanda y visibilizar la lucha, no solo por la desaparición de su hermano, sino por el derecho que tenemos todos a no desaparecer. Reclamo pertinente en el contexto mexicano que cuenta en estos últimos años con cerca de 40 000 desaparecidos.⁸

El performance *Buscando a Bruno* se estructura en dos momentos. En el primero, Lukas es recibido por la autoridad del consulado mexicano, el cónsul Ernesto Herrera López, a quien entrega un documento en que explica con minucia el caso de su hermano y visibiliza la inacción e inoperancia de las autoridades mexicanas.

En esta primera parte, a la que podríamos calificar como denuncia formal, Avendaño es recibido en el consulado como cualquier mexicano que tendría el derecho de acceder a estas oficinas que son su territorio. Ahora bien,

7 Eric Lecerf. *Le sujet du chômag* (Paris: Harmattan, 2002): 273.

8 El Registro Nacional de Datos de Personas Extraviadas o Desaparecidas en el país reporta 34 268 entre 2014 y marzo de 2018, aunque según el informe de Amnistía Internacional de 2017-2018, «la cifra es más alta debido a que los datos oficiales excluyen los casos federales anteriores a 2014». Disponible en: <http://www.oaxaca.media/politica/politicaygobiernos/te-seguimos-buscando-bruno-lukas-avendaño/> [consulta, 26 de mayo de 2020].

este ingreso viene cargado de la fuerza de quien forma parte de los sujetos excluidos. La presencia de Lukas subraya la contradicción, él, indígena, campesino, vestido con tehuana y velo negro, junto al cónsul, blanco, de la alta sociedad mexicana, de a terno formal; ambos no tendrían que haberse encontrado, y se encuentran, ahí en el territorio que les pertenece y que les junta por la coincidencia de estar en el extranjero. Lo que los atraviesa es el discurso, que Lukas ha sabido presentar en el lenguaje convencional formal y de derecho.

El gesto político de Avendaño se plasma en el esfuerzo por levantar su solicitud en el formato esperado, buscando el lugar común, el posible aunque seguramente infructuoso encuentro. Con esta acción Lukas irrumpe en el discurso policial, aquel que, como nos dice Rancière, es

[...] el orden de los cuerpos que define el reparto entre los modos de hacer, los modos de ser y los modos de decir, que hace que tales cuerpos sean asignados por su nombre a un ligar tal y a una tarea tal; es un orden de lo visible y de lo decible que hace que tal actividad sea visible y que otra no lo sea, que tal palabra sea entendida como discurso y que tal otra lo sea como ruido.⁹

El segundo momento del performance sucede ya en las afueras del consulado, y aquí Lukas ya no recurre al lenguaje administrativo estatal, que es portador de violencia y complicidad. En esta segunda parte, el lenguaje que se despliega es aquel que le pertenece, el que él construye con su trabajo, con el esfuerzo y el despliegue de su ser que transparece y se realiza.

9 Rancière, Jacques. *La méésentente* (Paris: Galilée, 1995): 52.

Este momento está marcado por el encuentro. Lukas está sentado en una silla, con su vestimenta típica, largos aretes, el cabello en moño y el torso desnudo. Su rostro, iluminado por la determinación de su mirada y la sombra de una sonrisa portadora de esperanza.

Yo tengo el arte, con el que quiero pensar que puedo convertir la impotencia y la vulnerabilidad en una experiencia alegre. Quiero pensar que puedo hacerlo. Siempre he apostado por la esperanza en mi arte, aunque no me esperaba que esto pudiera llegar a suceder. Pone a prueba todos los fundamentos de lo que he venido trabajando.¹⁰

Junto a él la silla vacía se dispone, tiende hacia aquellos pasantes que quisieran participar de la acción vistiéndose también con tehuana y joyas, sentándose junto a él, dándole la mano, y mirándolo al final. Ambos recrearían una representación de las dos Fridas. Como el mismo Lukas lo señala, este guiño a la obra de Frida no es sino contextual; Kahlo posicionó en la escena internacional esta vestimenta típica y su reconocida imagen permitiría de manera inmediata un nivel de identificación.

El encuentro de Lukas y los pasantes es, por decir lo menos, conmovedor. Quiénes participan de la acción se ponen literalmente en el traje del otro, a quien dan la mano, a quien acompañan, miran y sonríen. Hay en ese momento una esperanza política clara, que se asienta en la igualdad de dos sujetos que comparten un hacer y que apersonan una lucha.

10 Lukas Avendaño. Disponible en: <http://catalunyaplural.cat/es/quiero-pensar-que-con-el-arte-puedo-convertir-la-impotencia-de-la-desaparicion-de-mi-hermano-en-algo-alegre/> [consulta, 25 de mayo de 2020].



La Xixa teatre

Avendaño afirma que su arte es lo único que él tiene para enfrentar la desaparición de su hermano.¹¹ Esta aseveración me parece fundamental pues da cuenta de un carácter natural e irreductible; a fin de cuentas, en la síntesis extrema, cada uno posee solo a sí mismo y lo que sabe hacer. Cuando en nuestra forma de estar en el mundo se agudizan los conflictos y contradicciones,¹² las herramientas últimas con que contamos se reducen a nuestra persona y a nuestro trabajo. Afirma Lukas: «para quienes carecemos de algún tipo de influencia o privilegio para denunciar estas situaciones lo único que tenemos es nuestro cuerpo y el espacio público».¹³ Y de esta manera, el trabajo de creación y la acción de buscar a su hermano se encuentran en Lukas como materialización clara de la necesidad, lo que nos recuerda la afirmación que en *Echar raíces* hace Simone Weil, para quien el trabajo y la muerte son cosas de necesidad y no de elección.

Existe suficiente literatura acerca de la relación entre el arte y la política, o sobre el arte político o militante. En esta reseña quisiera aproximarme a la relación que surge entre estas dos dimensiones a través del rol del trabajo. De alguna manera Lukas, con mucha claridad y pertinencia, sitúa la pregunta clave sobre las condiciones de posibilidad de intervenir el mundo, lo que nos remite a la idea de ver en el trabajo, como Simone Weil, el acceso a la realidad o, yendo más lejos, ver con Chenavier en el trabajo el lazo de la amistad entre los

11 Lukas afirma que este performance no nació como una práctica artística sino como un acto de desesperación. Disponible en: <https://www.rompeviento.tv/buscando-a-bruno-performance-para-visualizar-a-los-desaparecidos-en-mexico/> [consulta, 10 de mayo de 2020].

12 «Yo parto de la premisa de que la función del performance es evidenciar contradicciones», dice Lukas. Disponible en: <http://ladobe.com.mx/2019/11/vencer-el-cerco-la-busqueda-de-bruno/> [consulta, 16 de mayo de 2020].

13 Disponible en: <http://ladobe.com.mx/2019/11/vencer-el-cerco-la-busqueda-de-bruno/> [consulta, 16 de mayo de 2020].

hombres.¹⁴ Amistad que, como dijimos, emerge con transparencia en la segunda parte del performance.

Al arte se lo reivindica desde distintas prácticas como un espacio de aparición, como la articulación de gestos que permiten dar un lugar a los desaparecidos. En el caso de la obra *Buscando a Bruno*, a mi parecer, asistimos a un doble nivel de aparición. Por un lado, la presencia de Bruno y los desaparecidos en México, y por otro, aquella de Lukas.

Los primeros son invocados de distintas maneras. Una de ellas es la fotografía que Lukas sostiene de manera permanente en su mano derecha, descansando sobre su rodilla y cuyos textos indican «Seguimos buscando a Bruno Avendaño» y «Por las y los desaparecidos en México».



Javier Miralles

En el primer texto, el uso del plural toma al cuerpo individual de Lukas como vehículo para expresarse. Lukas es el porta-

14 «Hay entonces una función política del trabajo, que es fundador del lazo de amistad entre los hombres, que los iguala, entregándoles sus derechos y pacificando sus relaciones». Robert Chenavier. Simone Weil, *une philosophie du travail* (Paris: Cerf, 2001): 139.

voz de su familia y también de todas aquellas familias que siguen buscando a sus desaparecidos, pero que lo hacen desde la posición social marcada por la exclusión y el ocultamiento.

La única ventaja que tiene Bruno es que yo soy su hermano. Yo tengo visibilidad internacional, puedo hablar con periodistas... mi mamá y mis hermanos, que vienen de tradición campesina, no podrían hacer nada [...] Hay que exhibir esas negligencias y alguien tiene que dar la cara y me toca a mí esa responsabilidad.¹⁵

La silla sin ocupar ubicada junto a la suya también da cuenta del vacío, personifica lo indecible de la ausencia, da cuenta de cómo el espacio de todos es vaciado con la desaparición de uno de los nuestros.

Por otro lado, tenemos la aparición de Lukas, que se nos presenta como un representante, un portavoz, un sin-par-te que ha encontrado una posible vía de ingresar en el mundo que normalmente le estaría negado.¹⁶ Con su trabajo expresado en el performance, Avendaño ubica una acción genuinamente política, despojada de pretensiones egocéntricas o de aventuras de pensamiento leve. Estamos frente a una persona, un sujeto, sin etiquetas, sin imposturas; y esta persona hace lo que sabe hacer. Lukas se presenta, él, trabajando, con lo que tiene, su cuerpo y su acción. Y esta presentación resiste sin esperar, sabiéndose portadora impotente del poder de un reclamo justo. Yo no espero nada de ellos, dice Lukas, en el documental *La utopía de la mariposa*.

15 Avendaño. Disponible en: <http://catalunyaplural.cat/es/quiero-pensar-que-con-el-arte-puedo-convertir-la-impotencia-de-la-desaparicion-de-mi-hermano-en-algo-alegre/> [consulta, 25 de mayo de 2020].

16 La acogida internacional que tuvo el performance permitió que el gobierno mexicano ordenara a la unidad de Fiscalía especializada en las desapariciones forzadas en Oaxaca, para dar seguimiento del caso.

El performance de Lukas nos relaciona con la afirmación de Weil: «Ni la libertad ni la igualdad tienen sentido como simples reivindicaciones. Hay que hacerlas existir».¹⁷ Lukas, no reivindica, hace existir una lucha justa y permanente.

A modo de conclusión, es importante señalar que la temporalidad de esta lucha dura, como dura el trabajo con que transformamos el mundo. La potencia que se despliega en la acción de Lukas no se detiene ni cuando el mundo mismo se detiene. Durante la pandemia, junto a su madre Felipa, colocaron en el muro principal de la Vicefiscalía de Justicia y de la Defensoría de los Derechos Humanos en Tehuantepec, Oaxaca, «carteles con la foto de Bruno y la leyenda de “Seguimos buscando a Bruno” para exigir justicia, pues a más de 700 días no han obtenido respuesta de ninguno de los tres niveles de gobierno».¹⁸

Como apoyo a la acción de Lukas, se puede enviar el texto «Por este conducto solicito de las autoridades una investigación seria, imparcial, exhaustiva, acuciosa, puntual, objetiva, expedita, técnica y profesional, por la desaparición de Bruno Alonso Avendaño Martínez, sucedido el 10 de mayo del 2018 en Santo Domingo Tehuantepec, Oaxaca, México» a los siguientes funcionarios de la Fiscalía General de la República de México, responsables inmediatos del caso:

Mtro. Abel Galván Gallardo: abel.galvan@pgr.gob.mx
Ana Margarita Aguilar Loroño: ana.aguilar@pgr.gob.mx

17 Simone Weil. *Œuvres* (Paris: Quarto Gallimard, 1999): 272.

18 Manso Diana. Disponible en: <https://aristeguinoticias.com/1005/mexico/a-pear-de-la-pandemia-mujer-sale-a-buscar-a-hijo-desaparecido?code=reforma> [consulta, 15 de junio de 2020].

Martha Patricia Valadez Sanabria: martha.valadez@pgr.gob.mx
 Julio César Gutiérrez Navarrete: julio.gutierrez@pgr.gob.mx

Bibliografía

- Atziri, Paola. “Buscando a Bruno. Performance para visibilizar a los desaparecidos”. Disponible en: <https://www.rompeviento.tv/buscando-a-bruno-performance-para-visibilizar-a-los-desaparecidos-en-mexico/> [Consulta, 10 de mayo de 2020].
- Chenavier, Robert. *Simone Weil, une philosophie du travail*. Paris: Cerf, 2001.
- EFE. “Artista muxe, en busca de su hermano, crea documental sobre las personas desaparecidas en México”. Disponible en: <https://www.sinembargo.mx/26-10-2019/3668412> [consulta, 2 de junio de 2020].
- González, Jorge y Rocío Flores. *Te seguimos buscando Bruno: Lukas Avendaño*. Disponible en <http://www.oaxaca.media/politica/politicaygobiernos/te-seguimos-buscando-bruno-lukas-avendaño/> [consulta, 26 de mayo de 2020].
- Lecerf, Eric. *Le sujet du chômag*. Paris: Harmattan, 2002.
- Manzo, Diana. “A pesar de la pandemia, mujer sale a buscar a hijo desaparecido”. Disponible en: <https://aristeguinoicias.com/1005/mexico/a-pesar-de-la-pandemia-mujer-sale-a-buscar-a-hijo-desaparecido?code=reforma> [consulta, 15 de junio de 2020].
- Mayorquín, Nadia. *Muxes el desafío precolombino al binarismo de géneros*. Disponible en: <http://www.agenciapacourondo.com.ar/generos/muxes-el-desafio-precolombino-al-binarismo-de-generos> [consulta, 10 de junio de 2020].
- Polo, Marielo. *Vencer el cerco: la búsqueda de Bruno*. <http://lado-be.com.mx/2019/11/vencer-el-cerco-la-busqueda-de-bruno/> [consulta, 16 de mayo de 2020].
- Rancière, Jacques. *La méésentente*. Paris: Galilée, 1995.

Vicente, Sandra. “Quiero pensar que con el arte puedo convertir la impotencia de la desaparición de mi hermano en algo alegre”. Disponible en: <http://catalunyaplural.cat/es/quiero-pensar-que-con-el-arte-puedo-convertir-la-impotencia-de-la-desaparicion-de-mi-hermano-en-algo-alegre/> [consulta, 25 de mayo de 2020].

Weil, Simone. *Œuvres*. Paris: Quarto Gallimard, 1999.

Epílogo

Carta del editorX

Durante la pandemia del covid-19 tuve muchas pérdidas, perdí el habla durante dos días al saber que mi tía abuela había fallecido y no existía la posibilidad de verla y llorar por ella. Perdí los ganas de usar otros atestigos, me era más útil hacer fiestas, anotar nombres, inventar rituales para despedidas píbitas.

Perdí la salud porque los anti-retrovirales no llegaban y aún no llegan, la crisis sanitaria por no se ha ido, solo le han echado tierra y le han cubierto con una manta dentro de un contenedor igual que a los cadáveres desaparecidos y sin sepulcros.

Esta edición Especial nace desde la pérdida, esta propuesta editorial nace desde la afectación.

Probablemente ni dicafana, pero los tiempos tampoco lo son.

Cada una de las secciones Textuales, Contrapunteos y los Podcasts están atravesadas por el deseo de hacer memoria, registrar y agitar el espíritu crítico.

Andrea Alejandro



Una publicación de la Universidad de las Artes del
Ecuador, bajo el sello editorial UArtes Ediciones

Familias tipográficas: Merryweather, Uni Sans, Conduit

Durante la pandemia del COVID-19 tuve muchas pérdidas. Perdí el habla durante dos días al saber que mi tía abuela había fallecido y no existía la posibilidad de verla y llorar sobre su ataúd. Perdí las ganas de crear obras artísticas; me era más útil hacer listas, anotar nombres, inventar rituales para despedidas súbitas.

Perdí la salud porque los antirretrovirales no llegaban y aún no llegan, la crisis sanitaria no se ha ido, solo le han echado tierra y la han cubierto con una manta dentro de un contenedor, igual que a los cadáveres desaparecidos y sin sepultar.

Esta edición especial nace desde la pérdida, ésta propuesta editorial nace desde la afectación. Cada una de las secciones, Texturas, Contrapunteos y los podcast, están atravesadas por el deseo de hacer memoria, registrar y agitar el espíritu crítico.

Probablemente esta carta no sea tan legible, ni diáfana, pero los tiempos tampoco lo son.

Andrea Alejandro

ISBN: 978-9942-977-31-1

